
Sophia
Revista Teosófica
Año IX.
Núm. 4.

SOPHIA

REVISTA TEOSÓFICA

ORIENTALISMO, GNOSTICISMO, KABBALAH, OCULTISMO

1.º DE ABRIL DE 1901

SUMARIO

AVISO

La Redacción tratará de contestar, de la manera más satisfactoria posible, bien que por necesidad muy brevemente, todas las preguntas que se le dirijan dentro del espíritu de una investigación seria, ya sean éstas hechas por amigos ó por adversarios, y que se relacionen con los asuntos á que esta Revista se dedica.

ADMINISTRACIÓN:

MADRID: ATOCHA, 127 duplicado, y en BARCELONA, en la **Biblioteca Orientalista** y Centro de Publicaciones, *calle del Conde del Asalto, 63, 3.º, 1.ª*

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

España y Portugal.................... *Un año 6 pesetas.*
Extranjero.......................... » » 9 »
Números sueltos, 0,75 pesetas.

ΣΟΦΙΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

EL PODER DEL PENSAMIENTO, SU DOMINIO Y CULTURA

(CONTINUACIÓN.)

HAY una palabra, vibración, que cada día que pasa se convierte más y más en la nota fundamental de la Ciencia de Occidente, así como desde hace largo tiempo lo ha sido de la de Oriente. El movimiento es la raíz de todo. La vida es movimiento; la conciencia es movimiento. Y este movimiento, al afectar la materia, es vibración. Pensamos en el Uno, en el Todo, como inmutable, sin movimiento, puesto que en el Uno el movimiento no puede existir. Sólo cuando hay diferenciación ó partes podemos pensar en el movimiento, por ser el movimiento cambio de lugar en la sucesión del tiempo. Cuando el Uno se convierte en los muchos, entonces surge el movimiento, y este es vida y conciencia cuando es rítmico y regular, y es muerte é inconsciencia cuando es irregular y carece de ritmo. Porque la vida y la muerte son hermanas gemelas, igualmente nacidas del movimiento, el cual es manifestación.

El movimiento tiene que surgir cuando el Uno se convierte en los muchos, puesto que cuando lo omnipresente ocasiona las partículas separadas, el movimiento infinito tiene que representar la omnipresencia, ó dicho de otro modo, tiene que ser su reflexión ó imagen en la materia. La esencia de la materia es la separatividad, así como la del espíritu es la unidad, y cuando ambos surgen del Uno, como la nata de la leche, la reflexión de la omnipresencia de ese Uno en la multiplicidad de la materia, es movimiento incesante é infinito; pues movimiento ab-

soluto — la presencia de cada unidad en movimiento en todos los puntos del espacio en cada momento de tiempo — es idéntico al reposo, aunque reposo desde otro punto de vista, desde el punto de vista de la materia en lugar del del Espíritu.

Este movimiento regular da lugar á movimientos correspondientes, á vibraciones en la materia que lo envuelve; pues cada Jîvâtman ó unidad separada de conciencia, está aislado por un revestimiento de materia, de todos los demás Jîvâtmans. Este revestimiento de materia, al vibrar, comunica sus vibraciones á la materia que le rodea, la cual se convierte en el medio conductor de las vibraciones, y este medio comunica á su vez el impulso de la vibración á la materia que encierra otro Jîvâtman, haciendo vibrar esta unidad de conciencia del mismo modo que la primera. En esta serie de vibraciones — que principian en una conciencia, en el cuerpo que la encierra, que son comunicadas por este cuerpo al medio circundante, el cual las transmite á otro cuerpo y por este segundo cuerpo á la conciencia que encierra — tenemos la cadena de vibraciones por cuyo medio el uno conoce al otro. El segundo conoce al primero porque reproduce al primero en sí mismo y experimenta así lo que él experimenta. Pero, sin embargo, con una diferencia, pues nuestro segundo Jîvâtman estaba ya en vibración, y su estado de movimiento, después de recibir el impulso del primero, no es una simple repetición de aquel impulso, sino una combinación de su propio movimiento original con el que se le ha impuesto desde afuera, y, por tanto, no es una reproducción perfecta: obtiénense semejanzas más y más aproximadas, pero la identidad siempre se nos escapa.

Esta secuencia de actos vibratorios se ve á menudo en la naturaleza. Una llama es un centro de actividad vibratoria en el éter, llamado por nosotros calor; estas vibraciones ú ondas caloriferas conmueven al éter circundante en ondas similares, y sus partículas vibran bajo el impulso, y de este modo el hierro se calienta y se convierte á su vez en una fuente de calor. Así es como una serie de vibraciones pasa de uno á otro Jîvâtman y como todos los seres están entrerelacionados por esta red de la conciencia.

Del mismo modo, también, en la naturaleza física señalamos diferentes grados de vibración con nombres distintos, llamando á una serie luz, á otra calor, á otra electricidad, á otra sonido, y asi sucesivamente; sin embargo, todas son de la misma naturaleza, todas son modos de movimiento en el éter (1), y sólo difieren en grados de velocidad co-

(1) **El sonido es también, primordialmente, una vibración etérea.**

rrespondientes á diferencias de densidad en el éter. La Voluntad, el Sentimiento y el Pensamiento son de la misma naturaleza, y difieren en sus fenómenos sólo por la diferencia en su grado de velocidad respectiva y la sutileza relativa del medio. La diferencia específica del Pensamiento es que sus ondas forman imágenes — como sucede con las ondas luminosas aquí abajo, — y no deja de tener significación que la misma palabra «reflexión» se emplee igualmente en los resultados del movimiento de ondas del pensamiento y del de la luz. Hay una serie de vibraciones en una clase especial de materia y dentro de cierto grado de velocidad, á lo que damos el nombre de vibraciones del pensamiento. Estos nombres son definidores de ciertos hechos en la naturaleza. Hay cierta clase de éter puesto en vibración y sus vibraciones afectan nuestros ojos, y á este movimiento lo llamamos luz. Hay otro éter mucho más sutil cuyas vibraciones son percibidas, esto es, son contestadas por la mente, y á este movimiento lo llamamos pensamiento. Estamos rodeados de materia de diferentes densidades, y á los movimientos que en ella se producen les damos el nombre según nos afectan, según son contestados por los diferentes órganos de nuestros cuerpos groseros ó sutiles. Llamamos «luz» ciertos movimientos que afectan los ojos; llamamos «pensamiento» ciertos movimientos que afectan otro órgano, la mente. El «ver» ocurre cuando la luz del éter ondula desde un objeto á nuestros ojos; el «pensar» ocurre cuando el éter del pensamiento se mueve en ondas desde un objeto á nuestra mente. El uno no es más ni menos misterioso que el otro.

Al tratar de la mente veremos que las modificaciones en la disposición de sus componentes son causadas por el contacto de ondas de pensamiento, y que en el pensar concreto experimentamos nuevamente los choques originales de afuera. El Conocedor tiene su actividad en estas vibraciones, y todo aquello que ellas pueden contestar ó todo lo que ellas pueden reproducir, es conocimiento. El pensamiento es una reproducción dentro de la mente del Conocedor de aquello que no es el Conocedor, que no es el Yo; es una pintura causada por una combinación de movimientos de ondas, literalmente una imagen. Una parte del No-Yo vibra, y al vibrar en contestación al Conocedor, esa parte se convierte en lo cognoscible; la materia que vibra entre ellos hace posible el conocer poniéndolos en mutuo contacto. De este modo se establece y mantiene la cadena del Conocedor, lo cognoscible y el conocer.

CAPÍTULO II

El Creador de la Ilusión.

Una vez que ha llegado á permanecer indiferente á los objetos de percepción, el discípulo debe buscar al Râja de los Sentidos, el Productor de Pensamiento, aquel que la ilusión despierta.

«La Mente es el gran destructor de lo Real.»

Así está escrito en uno de los fragmentos traducidos por H. P. B., del *Libro de los Preceptos de Oro*, ese exquisito poema en prosa que es una de sus más selectas dádivas al mundo. Y no hay título más significativo para la mente que éste: el «Creador de la ilusión.»

La mente no es el Conocedor, y debe siempre distinguirse cuidadosamente de éste. Muchas de las confusiones y dificultades que llenan de perplejidad al estudiante, se originan de que no recuerda la distinción entre el que conoce y la mente, la cual es su instrumento para obtener el conocimiento. Es como si el escultor estuviese identificado con su cincel.

La mente es fundamentalmente dual y material, estando constituída por el Cuerpo Causal y manas, la Mente abstracta, y del Cuerpo Mental y Manas, la mente concreta — Manas mismo siendo una reflexión en la materia atómica de aquel aspecto del Yo que es conocimiento. Esta mente limita el Jîvâtman, el cual, á medida que aumenta la propia conciencia, se encuentra impedido por ella por todos lados. Así como un hombre que para ejecutar determinada cosa se ponga unos guantes gruesos y encuentra que sus manos han perdido mucha parte de su poder de sensación, su delicadeza de tacto, su habilidad para recoger objetos pequeños, siendo sólo capaces de agarrar objetos grandes y de sentir fuertes contactos, así sucede con el Conocedor cuando se reviste de la mente. La mano está allí lo mismo que el guante, pero sus facultades han menguado grandemente; el Conocedor está allí lo mismo que la mente, pero sus poderes se hallan muy limitados en su expresión.

Limitaremos el término manas en los párrafos que siguen, á la mente concreta — el cuerpo mental y manas.

La mente es el resultado del pensar pasado, y se modifica constantemente por el pensar presente; es una cosa precisa y definida, con ciertos poderes é incapacidades, fuerza y debilidad, que son las resultantes de actividades en vidas anteriores. Es tal como la hemos hecho; no podemos variarla sino lentamente; no podemos transcenderla por un es-

fuerzo de la voluntad; no podemos echarla á un lado, ni quitarle instantáneamente sus imperfecciones. Tal como es, nos pertenece; es una parte del No-Yo apropiada y moldeada para nuestro propio uso, y sólo por medio de ella podemos conocer.

Todos los resultados de nuestro pensar pasado están presentes en nosotros como mente, y cada mente tiene su grado propio de vibración, su esfera propia de vibración, y se halla en estado de perpetuo movimiento, ofreciendo series de pinturas siempre cambiantes. Todas las impresiones que nos vienen de afuera son hechas en esta esfera ya activa, y la masa de las vibraciones existentes modifica y es modificada por la nueva recepción. La resultante no es, por tanto, una reproducción exacta de la nueva vibración, sino una combinación de ella con las vibraciones que ya están actuando. Formando otro ejemplo de la luz, diremos que si ponemos un trozo de cristal encarnado ante nuestros ojos y miramos objetos verdes, éstos nos aparecerán como negros. Las vibraciones que nos dan la sensación de lo encarnado son cortadas por las que nos dan la sensación de lo verde, y el ojo se engaña viendo un objeto como negro. Lo mismo sucede si miramos un objeto azul por un cristal amarillo, lo vemos como negro; en cada caso un medio de color causará una impresión de color diferente de la del objeto mirado con el ojo al desnudo. Aun mirando las cosas con el ojo desnudo, se ven algún tanto distintas, pues el ojo mismo modifica las vibraciones que recibe más de lo que la gente se imagina. La influencia de la mente, como medio por cuyo conducto el Conocedor mira al mundo externo, es muy semejante á la del cristal de color con relación á los colores de los objetos que se ven á través de él. El Conocedor se halla tan inconsciente de esta influencia de la mente, como un hombre que jamás hubiese visto sino por medio de cristales encarnados ó amarillos, lo estaría de los cambios que tales cristales verificarían en los colores de un paisaje. En este sentido, tan claro como superficial, es como se llama á la mente el «Creador de la ilusión». Nos presenta sólo imágenes desnaturalizadas, una combinación de sí misma con los objetos externos. En un sentido mucho más profundo es, verdaderamente, el «Creador de la ilusión», por cuanto hasta esas imágenes desnaturalizadas no son sino imágenes de apariencias, no de realidades; sombras de sombras es todo lo que nos presenta. Pero á nuestro objeto presente nos basta considerar las ilusiones causadas por su propia naturaleza.

Muy diferentes serían nuestras ideas del mundo si pudiéramos conocerlo tal como es, aun en su aspecto fenomenal, en lugar de por medio de las vibraciones modificadas por la mente. Y esto no es en modo

alguno imposible, aunque solo puede hacerse por aquellos que han hecho grandes progresos en el dominio de la mente. Las vibraciones de la mente pueden paralizarse retirando la conciencia de ella; un choque de afuera formará entonces una imagen que corresponderá exactamente á ella misma, porque las vibraciones serán idénticas en cualidad y cantidad, sin mezcla con las vibraciones pertenecientes al observador. O bien la Conciencia puede exteriorizarse y animar como alma el objeto observado y experimentar así directamente sus vibraciones. En ambos casos se obtiene un verdadero conocimiento de la forma. También puede conocerse la idea, en el mundo de los noumenos, de la cual la forma expresa el aspecto fenomenal; pero esto sólo puede hacerse por la conciencia funcionando en el cuerpo Causal, el Kârana Sharira, sin los impedimentos de la mente concreta de los vehículos inferiores.

La verdad de que sólo conocemos nuestras impresiones de las cosas y no las cosas mismas, excepto como se ha explicado antes, es de vital interés cuando se aplica en la vida práctica. Enseña la humildad y la precaución, así como el deseo de prestar atención á las ideas nuevas. Perdemos nuestra certeza instintiva, de que tenemos razón en nuestras observaciones, y aprendemos á analizarnos antes de condenar á otros.

Un ejemplo puede servir para hacer esto más claro:

Encuentro una persona cuya actividad vibratoria se expresa de un modo complementario al mío. Cuando nos encontramos nos extinguimos mutuamente; de aquí que no nos agrademos el uno al otro, no vemos nada el uno en el otro y cada uno se sorprende de que fulano crea al otro tan inteligente cuando mutuamente nos encontramos tan estúpidos. Ahora bien; si yo he adquirido algún conocimiento de mí mismo, esta sorpresa ya no tendrá lugar en lo que á mí concierne. En lugar de creer que el otro es estúpido, me preguntaré: ¿Qué es lo que falta en mí que no puedo responder á sus vibraciones? Ambos vibramos, y si yo no puedo comprender su vida y pensamiento, es porque no puedo reproducir sus vibraciones. ¿Por qué habría yo de juzgarle desde el momento en que ni siquiera puedo conocerle hasta que me modifique lo bastante para poder recibirle? Nosotros no podemos modificar mucho á los demás, pero podemos modificarnos mucho á nosotros mismos; y deberíamos estar constantemente tratando de agrandar nuestra capacidad receptora. Debemos llegar á ser como la luz blanca en la que todos los colores están presentes, que no desnaturaliza ninguno porque no rechaza ninguno, y tiene en sí misma el poder de responder á todos. Podemos medir nuestra proximidad á la blancura por nuestro poder de responder á los caracteres más diversos.

El Cuerpo Mental y Manas.

Podemos ocuparnos ahora de la composición de la mente, como órgano de la Conciencia en su aspecto de Conocedor, y ver cómo es esta composición, cómo hemos formado la mente en el pasado y cómo la podemos modificar en el presente.

La mente, por el lado de la vida, es manas, y manas es la reflexión en la materia atómica del tercer plano — ó plano mental — del aspecto cognoscitivo del Yo — del Yo como Conocedor.

Por el lado de la forma presenta dos aspectos que condicionan separadamente la actividad de manas: la conciencia que funciona en el plano mental. Estos aspectos son debidos á las agregaciones de la materia del plano atraída alrededor del centro atómico vibratorio. A esta materia, por su naturaleza y uso, le damos el nombre de substancia mental ó substancia de pensamiento. Constituye una gran región del universo, que compenetra la materia astral y la física y existe en siete subdivisiones, como sucede con los estados de materia en el plano físico; sólo responde á aquellas vibraciones que vienen del aspecto del Yo, que es Conocimiento, y este aspecto le impone su carácter específico.

El primer — y más elevado — aspecto de la mente del lado de la forma, es el que se llama el cuerpo Causal ó Kârana Sharira. Se compone de materia de la quinta y sexta subdivisión del plano mental, correspondientes á los éteres más sutiles del plano físico. Este cuerpo Causal está muy poco desarrollado en la mayor parte de la humanidad en el estado presente de la evolución, por no ser afectado por las actividades mentales dirigidas á los objetos externos, y por tanto, podemos dejarlo á un lado, á lo menos por ahora. Es, en una palabra, el órgano para el pensamiento abstracto.

El segundo aspecto es llamado el cuerpo mental, y se compone de materia de pensamiento perteneciente á las cuatro subdivisiones inferiores del plano mental, correspondientes á los éteres inferiores y á los estados gaseoso, líquido y sólido de la materia en el plano físico. Verdaderamente pudiera llamársele el cuerpo mental denso. Los cuerpos mentales muestran siete grandes tipos fundamentales, cada uno de los cuales incluye las formas en todos sus grados de desarrollo, y todos evolucionan y se desenvuelven bajo las mismas leyes. El comprender y aplicar estas leyes es cambiar la evolución lenta de la naturaleza en el rápido crecimiento efectuado por la inteligencia que se determina. De aquí la gran importancia de su estudio.

(Se continuará). Annie Besant.

LA HOMEOPATÍA Y SUS DILUCIONES

Creemos que la mayor parte de nuestros lectores teosofistas, y seguramente casi todos los teosofistas que conocemos, se curan por el sistema homeopático con preferencia al alopático, y que quizá pudiera interesarles la exposición de algunas conclusiones á que hemos llegado sobre un problema no resuelto aún satisfactoriamente por la Ciencia, y que continúa siendo un campo de batalla en el que alópatas y homeópatas se atacan mutuamente con gran saña, pero en el que los últimos van ganando innegablemente terreno, no sólo por el constante incremento de sus adeptos, sino por el reconocimiento universal del capital fundamento de la homeopatía, encerrado en la abreviada fórmula de *Similia similibus curantur*, en contraposición de la anticuada ley de *contraria contrariis;* pues no otra cosa significa la sueroterapia, que hoy impera como la última palabra de la ciencia oficial. Pero si bien los homeópatas han triunfado en este principalísimo punto, quédales otro, no menos transcendental, de mucha más difícil aceptación, por cuanto para razonarlo de un modo que se imponga á la ciencia oficial, tiene ésta que haber realizado conquistas de un orden más elevado, entrar, en una palabra, en el dominio de lo que hoy aún se denomina oculto; región en cuyas fronteras, verdaderamente, se encuentra hoy, pero que todavía tardará bastante tiempo en traspasar del todo.

Este punto, que continúa siendo el campo de batalla y el verdadero problema por dilucidar, es el de las *dosis infinitesimales* que los homeópatas creen emplear con toda eficacia, pero sin que aun entre ellos mismos se haya llegado á un unánime y completo acuerdo respecto del *por qué* y *cómo* de la bondad del sistema, si bien la experiencia diaria y constante les demuestra la verdad de tal eficacia, con resultados muy superiores á los obtenidos por el sistema de las dosis masivas de la Alopatía. No sin razón, los alópatas, desde su punto de vista, tildan á sus adversarios de empíricos, visionarios, etc., achacando las que llaman pretendidas curas de los homeópatas, á los propios recursos de la naturaleza del enfermo, á la casualidad, á la fe, á la sugestión y á otras causas más ó menos corrientemente admitidas, aunque no explicadas; á

todo menos á la acción de una cosa que no existe, ó que si existe, es en tales dosis infinitesimales que, según ellos, no hay posibilidad de que tengan virtud terapéutica capaz de influir en el organismo animal.

Tal es el problema que nos atrevemos á abordar en el presente escrito, en el que expondremos á la consideración de nuestros lectores las conclusiones á que hemos llegado, las cuales, por supuesto, no tienen otra autoridad que la que puedan prestarle las aparentemente lógicas deducciones de hechos conocidos, considerados á la luz de las enseñanzas ocultistas que se han dado á la publicidad en beneficio de todos cuantos las quieran acoger.

Primeramente expondremos algunas de las diversas opiniones, sostenidas por varias de las supuestas autoridades científicas, acerca del modo de acción de los medicamentos en su grandísima atenuación.

Hahnemann, el célebre descubridor del sistema homeopático, pretendía que la trituración y la dilución, destruyendo la cohesión de los átomos materiales, ponían en libertad el espíritu ó virtud dinámica.

Otros homeópatas después de él, rechazaron esta explicación y pretendieron que el principio activo del medicamento, puesto en libertad por la división, obraba sobre el vehiculo, al cual convertia en substancia medicamentosa tan activa como él.

El Profesor Poudra explica, según Mr. Abel Thomas, de quien tomamos algunos de estos datos, que la afinidad y la acción medicinal son poderes de la materia, los cuales persisten en un estado de división muy grande, á consecuencia de modificaciones eléctricas que tienen lugar en los átomos por la frotación que acompaña á los sacudimientos.

El citado Mr. Abel Thomas, que se anuncia como homeópata hermético, y que, según se expresa, procede á la confección de los medicamentos por un método que llama hermético, da la preferencia á la explicación de Hahnemann, la cual encuentra concuerda con la doctrina hermética que, según dice, enseña que «los *mixtos* están compuestos de elementos materiales y de espiritu fluidico—condensación de un fluido universal, del cual son modalidades la electricidad, el calor y la luz—que cada substancia medicinal es susceptible de obrar, bien sea por su materia, bien por su espíritu fluídico, y que esta acción influia sobre el cuerpo en el primer caso y sobre la *vida* en el segundo; aconsejando que sólo se emplease este último, á cuyo fin daban ciertos métodos para disolver y anular los elementos materiales considerados inútiles y para fortificar el espíritu fluídico, único que querían utilizar; objeto éste que también se obtiene por medio de las operaciones inventadas por el fundador de la homeopatía».

Mr. Abel Thomas explica, además, que su método se funda en una ley relativa á la recolección de las plantas, porque «según la hora del día ó de la noche, según el estado del cielo, de la temperatura y de las condiciones magnéticas y eléctricas, las plantas sufren modificaciones que las alejan ó acercan á su tipo normal, y que disminuyen ó exaltan sus propiedades medicinales»; por cuya razón, después de muchos estudios y de cuidadosos experimentos, ha llegado á formular la hora y condiciones en que las plantas deben ser recolectadas, por reunir su máximum de eficacia. Principio es este que todo el que haya estudiado algo de ocultismo reconocerá como verdadero, por ser el A B C de la Naturaleza, y que comprende no sólo al reino vejetal, sino también al mineral y animal, sujetos igualmente á las mismas leyes universales. Y la ciencia médica no llegará al apogeo de sus conocimientos hasta que levantando los ojos, que sólo miran el suelo, reconozca, estudie y aprenda á conocer las influencias suprafísicas que operan diversamente en los cuerpos y en los organismos, y no sólo elabore los medicamentos en las condiciones en que el principio activo característico de cada substancia esté más desarrollado, sino que los aplique á cada organismo en aquellas circunstancias en que, por sus especiales condiciones, se encuentre en aptitud de ser más eficazmente influído por la acción terapéutica del medicamento.

Finalmente, la opinión predominante entre los médicos homeópatas modernos, se funda en la divisibilidad *práctica* indefinida de la materia y en la dinamización de su principio activo por medio de los sacudimientos, ó sea, poco más ó menos, la misma opinión sustentada por el Profesor Poudra, á que nos hemos referido.

Como se ve, no sólo no hay unanimidad de opiniones, sino que falta en todas ellas esa certeza, esa seguridad de los hechos comprobados, no pasándose del terreno de las hipótesis, más ó menos admisibles ó aventuradas, cuya circunstancia ha impedido que el sistema de las diluciones homeopáticas haya triunfado por completo, y que sus partidarios se encuentren aún en exigua minoría.

En cuanto á nosotros, creemos que la hipótesis hermética, antes indicada, se aproxima más que otra alguna á la verdad, y que aquellos ocultistas sabían perfectamente lo que se decían, por más que Mr. Abel Thomas, creyente convencido, estuviese ajeno al verdadero significado del principio hermético que defendía, como intentaremos demostrar en el curso del presente escrito.

Pero para esto se hace necesario que expliquemos primeramente á nuestros lectores cómo se confeccionan los medicamentos homeopáti-

cos, y sobre todo cuál es el verdadero significado de las diluciones, porque de otro modo no podrían avalorar las opiniones emitidas acerca de la acción terapéutica de las pretendidas dosis infinitesimales, ni formar juicio respecto de su alejamiento ó proximidad á la verdad. Principiaremos, pues, por una breve reseña del modo de confeccionar los medicamentos, el cual, como verá el lector, nada tiene de complicada.

Toman una unidad de tintura madre medicinal, un gramo, por regla general, y lo mezclan con 99 unidades ó gramos de alcohol, en un frasco apropiado al efecto; efectuada la mezcla dan al frasco una serie de sacudidas violentas, levantando el brazo cuya mano sujeta el frasco, dejándolo caer con fuerza y parándolo en seco, de tal modo, que el líquido sufra un choque muy violento y salte dentro del frasco, desmenuzándose, por decirlo así; y mientras mayor sea el número de sacudidas y más vigorosa y perfectamente sean dadas, se alega que más dinamización alcanza la substancia en su principio activo. A esta primera operación llaman dilución primera. De esta dilución primera toman un gramo y lo mezclan con 99 de alcohol, á cuya mezcla se da el mismo número de sacudidas, quedando hecha la dilución segunda. De esta dilución segunda toman una unidad que mezclan con 99 de alcohol para hacer la tercera, de ésta la toman para hacer la cuarta del mismo modo, y así sucesivamente, de dilución en dilución, han llegado á la 3.000 y á la 4.000, habiendo quien pretenda la eficacia, en algunos medicamentos, de la 20.000 y hasta de la 40.000 dilución; pero aun en esas inconcebibles atenuaciones de la 2.000, se han hecho experimentos con el espectroscopio, encontrándose el rayo característico de la substancia empleada, cuyo sorprendente resultado parece dar la razón á los que atribuyen la acción medicinal de las diluciones á la divisibilidad práctica indefinida de la materia, unida á la mayor dinamización del principio activo por medio de los sacudimientos, y que razonablemente rechazan la liberación de esa fuerza ó virtud dinámica que al parecer obra sin necesidad de vehículo alguno, con arreglo á los que sustentan tal opinión; opinión inadmisible á todas luces, porque no es posible concebir la manifestación de fuerza alguna independientemente de la materia, sino que forzosamente tiene que existir ésta como vehículo, aunque sea en el estado más etéreo imaginable.

Pero, seguramente, los que sostienen la divisibilidad práctica indefinida en la materia, no se han tomado, sin duda alguna, el trabajo de averiguar el verdadero significado de las diluciones, ignorando en su mayor parte el valor real de los números; porque de otro modo, y á pesar de todas las demostraciones del espectroscopio, hubiesen buscado

otra teoría que no fuese la de la divisibilidad indefinida de la materia para explicar la eficacia del principio activo en esas altísimas diluciones y la aparente presencia de la substancia misma que el espectroscopio demuestra. Y así, para probar semejante atrevido aserto, que tiene la temeridad de contradecir tantas autorizadas opiniones, como para ilustración de nuestros lectores, demostraremos, con la innegable autoridad de los números, lo que significan las tales diluciones del sistema homeopático. Antes, sin embargo, para terminar con la descripción de la confección de los medicamentos, nos falta que añadir que los glóbulos se impregnan de la dilución que se desea, bastando unas cuantas gotas para muchos centenares de glóbulos. Por último, las diluciones no se hacen hoy á brazo, sino que se han construído máquinas que verifican tal trabajo en grande escala; bien que es opinión general que la operación no resulta tan perfecta ni eficaz como por medio de la máquina humana, hecho de cuya certeza no dudamos, pero que nos permitimos atribuir á otras causas que á la mayor ó menor perfección de los sacudimientos, y las que no entramos á dilucidar porque se apartan algún tanto del objeto que nos proponemos en este escrito.

Ahora bien, las diluciones que ordinariamente se emplean son la 3.ª, la 6.ª, la 12.ª y la 30.ª; de ésta en adelante se usan con mucha menos frecuencia, y sólo en aquellos casos en que la experiencia ha demostrado su eficacia en dolencias en las cuales han resultado impotentes las diluciones ordinarias; pero para nuestro objeto nos bastará tratar de la dilución ordinaria más alta, ó sea la 30.ª, pues de esta en adelante no hay posibilidad ni tan siquiera de sugerir una idea aproximada de la tremenda enormidad que implican.

Si nuestros lectores se han fijado en la constante subdivisión que se verifica á cada sucesiva dilución, habrán visto que cada una de ellas representa la división por 100 de la dilución anterior, á partir de la 1.ª, en lo que respecta á la substancia medicinal; de suerte que en la dilución 30.ª sólo debe haber la decimillonésima parte de la referida substancia, ó lo que es lo mismo (haciendo la operación á la inversa), que para impregnar con un gramo de tintura madre una masa de alcohol á la 30.ª dilución, se requiere un decillón de gramos de dicho líquido, cantidad que se expresa con la unidad seguida de 60 ceros—¡una friolera!—y de la cual trataremos de dar una idea al lector, quien no habiendo tenido jamás que hacer cálculos que se aproximen, ni con mucho, á semejante número de cifras, no puede figurarse lo que implica.

Un hectolitro equivale á cien mil gramos ó centímetros cúbicos, lo cual quiere decir que el decillón de gramos es igual á diez nobillones

de hectolitros. Siguiendo el cálculo en mayor escala, encontramos que un depósito de un kilómetro cúbico, ó sea de un kilómetro por lado por un kilómetro de fondo, contendría diez mil millones de hectolitros, lo cual hace que los diez nobillones de hectolitros equivalgan á mil septillones de kilómetros cúbicos; y para dar una idea al lector del significado de esta última cifra, imaginemos un depósito cuya base midiese por lado *diez veces* la distancia de la tierra al sol, ó sea unos dos mil millones de kilómetros, *poco más ó menos*, equivalente á una superficie de cuatro trillones de kilómetros cuadrados; depósito que, para contener los mil septillones de kilómetros cúbicos, necesitaría tener una altura de 250 cuatrillones de kilómetros; altura ó distancia que un parte telegráfico tardaría en recorrer, á razón de quinientos mil kilómetros por segundo, la friolera de cincuenta mil billones de siglos en números redondos, y despreciando algunas fracciones de miles de billones, y teniendo el lector en cuenta que cada billón significa un millón de millones. Tal es la masa de líquido en que habría que diluir un solo gramo de tintura madre, á fin de que toda ella estuviese impregnada á la equivalencia de la 30.ª dilución. La dilución 31.ª significa cien veces esa masa, la 32.ª diez mil veces, y así sucesivamente, multiplicando por 100 cada vez, al llegar á la dilución 60 nos encontramos con que ésta requeriría á su vez un decillón de depósitos como el que acabamos de describir, los cuales serían para ella lo que el gramo para la dilución 30.ª En cuanto á la dilución 100, á la 1.000 ó á la 2.000, no hay mente humana capaz de abarcar el significado que despliegan; es sencillamente el vértigo.

Bastaría con lo dicho para que quedase plenamente demostrado que la divisibilidad práctica de la materia no es posible que alcance á impregnar con las partículas de un solo gramo semejante *universo* de líquido, en el cual la Vía Láctea, con todos sus millones de sistemas solares, flotaría como minúscula pajuela en el Océano Atlántico; pero esto no obstante, precisaremos los cálculos de tal modo que el más recalcitrante tenga que rendirse á la evidencia.

En el manual de homeopatía *La Salud*, del Dr. Somolinos, que citamos precisamente por ser tan conocido de los homeópatas españoles, al hacer la defensa del sistema y tratar de explicar la acción de tales diluciones por la divisibilidad de que es susceptible la materia, se citan como ejemplo los experimentos del Dr. Meyerhoffer, quien parece que triturando un grano de platino ha comprobado, por medio de un microscopio de un aumento de 200 radios, una divisibilidad de más de un trillón de veces. Desde luego se comprende que existe en esto un error

de traducción, debido en primer término al desconocimiento del significado de tal cantidad, pues el microscopio citado no es posible que pudiera hacer visible la trillonésima parte de un grano de materia, cualquiera que ésta sea; y error de traducción que tiene por origen el haber traducido el trillón francés por trillón español, cuando aquél sólo equivale á nuestro billón; de suerte que el traductor aumentó buenamente la cifra dada por el Dr. Meyerhoffer nada más que un *millón de veces.* Igual error, pero á la inversa, se nota en el ejemplo que se lee en la misma página de dicho Manual, en el que se calcula las moléculas en que se evapora un grano de almizcle. En este ejemplo el *milliard* francés está traducido por el millar español, siendo así que aquél equivale á mil millones.

Este último cálculo se presenta como la divisibilidad máxima *posible* de la materia, suponiendo que un grano de almizcle sea susceptible de evaporarse—haciendo caso omiso del citado error de traducción y ateniéndonos á la cifra exacta—en trescientos mil billones de moléculas, ó sea una divisibilidad trescientas mil veces mayor que la percibida por el Dr. Meyerhoffer con su potente microscopio. Claro es que tales cálculos sobre las moléculas de un grano de almizcle, son perfectamente hipotéticos. Por otra parte, toda persona medianamente ilustrada sabe que la mayoría de las substancias medicinales son cuerpos compuestos, y que éstos, al ser analizados, se subdividen en otros compuestos distintos más simples, hasta que se llega á los cuerpos simples tales; de suerte que las substancias compuestas tienen una divisibilidad bien limitada, toda vez que, llegado á cierto punto, se convierten en otras substancias distintas de características diferentes.

Pero no queremos tener nada de esto en cuenta; admitamos por más anticientífico que sea, que una substancia medicamentosa cualquiera sea susceptible de subdividirse en moléculas de su misma naturaleza; admitamos además que el cálculo del grano de almizcle se haya quedado muy corto y aumentemos *diez millones de veces* el número de sus moléculas, lo cual equivale á suponerle tres cuatrillones de moléculas. Supongamos que cualquier substancia medicinal sea susceptible de alcanzar semejante subdivisión molecular, y finalmente demos por hecho que baste una sola molécula para dar virtud terapéutica á una gota de líquido, por más que teniendo esta gota que impregnar varios glóbulos, solo uno de éstos pescaría la codiciada molécula y los demás permanecerían inertes, cosa esta última que no es lo que sucede. Pero, en gracia del argumento, pasemos por alto tal circunstancia, como hemos pasado otras no menos anticientíficas é imposibles, y tendremos que, después

de admitir varias *imposibilidades* como hechos factibles para llegar á una divisibilidad práctica, que no admitiría el homeópata más furibundo dotado de buen criterio, resultará, repito, que con todo ello tal inadmisible subdivisión apenas si podría impregnar, con una molécula por cada gota, una trigésima parte de las gotas de alcohol correspondientes á la dilución 13.ª, la cual se representa por la unidad seguida de 26 ceros, que equivale á más de treinta veces los trescientos mil billones de moléculas que se atribuyen á un grano de almizcle, multiplicados por diez millones, puesto que esta multiplicación sólo nos daría el número 3 seguido de 24 ceros. Este hecho matemático no impide, sin embargo, que *casualmente* pudiera encontrarse alguna partícula mínima de la substancia medicinal en diluciones más altas, y decimos esto porque pudiera darse el caso, y se dará á menudo sin duda alguna, de que unas mismas partículas mínimas pasen de una dilución á otra al hacer las operaciones; pero por divisibilidad matemática no es posible.

Pero descartando tal casual contingencia, que no puede admitirse como elemento de la operación porque sería desvirtuar la mayor dinamización que se desea obtener á cada sucesiva dilución, queda plenamente demostrada, con la lógica irrefutable de los números, la imposibilidad absoluta de que ni siquiera la dilución ordinaria 30.ª contenga ninguna partícula mínima de la substancia medicamentosa original; imposibilidad que ni aun casualmente puede ser quebrantada en las altas diluciones, porque equivaldría á que se repitiese la casualidad un número indefinido de veces seguidas. ¿Cómo, pues, se encuentra por el espectroscopio la presencia de tal substancia, caracterizada por su rayo especial, hasta en las altísimas diluciones 1.000 y 2.000? ¿Cómo, pues, resultan realmente eficaces tales diluciones según la experiencia constantemente lo ha venido demostrando?

La explicación la encontramos en la desdeñada opinión de aquellos médicos homeópatas, que hemos mencionado en segundo término, que pretendían que el principio activo del medicamento, puesto en libertad por la división, obraba sobre el vehículo, al cual convertía en substancia medicamentosa tan activa como él.

En efecto, esto es lo que entendemos que sucede, si bien no en los mismos términos arriba indicados, porque no admitimos esa liberación del principio activo ó de la fuerza, pues esto equivaldría á suponer que la fuerza es esencialmente *algo*, algo con manifestación propia independiente de todo vehículo material, por sutil que éste sea. Pero si bien no podemos admitir semejante antifilosófica y anticientífica idea, comprendemos desde luego que lo que se verifica es una *transmisión* de fuerza,

transmisión del principio activo á las moléculas del vehículo. Sabido es, como desde antaño han afirmado los herméticos y otros filósofos, que la fuerza es esencialmente una, así como la materia es primordialmente una también, y que la diversidad de las manifestaciones son modos diversos de la fuerza, ó modos diversos de vibración que se combinan infinitamente, dando lugar al, para nosotros, infinito número de manifestaciones que constituyen nuestro mundo conocido. Así, pues, las características del principio activo de una substancia cualquiera, son modos de vibración especiales comunicadas por la fuerza al vehículo de que se reviste. La misma Ciencia, en sus novísimos descubrimientos, ha comenzado á afirmar esta verdad, admitiendo algunas de sus eminencias que la materia es primordialmente una, y que lo que diferençia el plomo del oro no es una diferencia de materia, sino una diferencia de combinación atómica y molecular. Ahora bien, los átomos últimos (pues ya se declara por algunos hombres de ciencia que los átomos químicos están á su vez formados de otros átomos), que constituyen la materia primaria física, siendo perfectamente homogéneos, deben estar animados de una misma fuerza vibratoria; pero así como en la unidad, en el número uno se encierra todo el infinito de las combinaciones numéricas, asimismo se encierra en aquella vibración homogénea una el infinito de las combinaciones vibratorias que dan lugar á la diversidad prácticamente infinita de los compuestos.

Ahora bien, fácil es concebir que una substancia que tenga un principio activo de potencia bien caracterizada—como sucede con todas las substancias medicinales—al ser mezclada con un vehículo apropiado, ó sea con una substancia neutra (1) cuyo principio activo, de muy inferior

(1) En este punto se me ocurre exponer algunas dudas acerca de la verdadera neutralidad de los vehículos que se emplean, dudas que me han sido sugeridas por persona competente y sobre las que considero oportuno llamar la atención de los que se interesan en el asunto. Dando por cosa cierta que la neutralidad del alcohol puro, en que se hacen las diluciones, y del azúcar de leche de que se forman los glóbulos, sea un hecho comprobado para toda clase de medicamentos, queda aún muy dudosa la del agua en que los glóbulos, por regla general, se disuelven para ser administrados al enfermo. Es un hecho que toda agua tiene, en mayor ó menor cantidad, sales en dilución, sales que el análisis encuentra unas veces y otras no, según existan ó no en cantidades apreciables; es igualmente un hecho que el principio activo de estas sales debe estar, por regla general, bastante dinamizado, por cuanto las aguas de ríos y manantiales pasan por el proceso de sacudimientos, desmenuzamientos, electrización, etc., que implica una corriente accidentada de cientos de kilómetros, tanto por el subsuelo como por la superficie, así como también puede afirmarse que no hay dos corrientes de agua que contengan exactamente las mismas sales en dilución. Ahora bien; sabido es, por todo verdadero pensador, que la VIDA EVOLUTIVA, que llamamos la Naturaleza, procede en su marcha por medio

fuerza, no es ni antídoto ni combinable con aquél, y al ser aumentada su potencia por los sacudimientos que le comunican una mayor intensidad vibratoria, parece lógico admitir que domine á la substancia neutra y le comunique temporalmente su característica. Esto sentado, explícase entonces por qué el espectroscopio muestra la presencia del rayo que caracteriza á la substancia en las más altas diluciones. El color especial del rayo está originado por una vibración ó combinación particular de vibraciones, y como el vehículo neutro está externamente animado de esas mismas vibraciones especiales, claro es que la presencia de éstas puede hacerse manifiesta.

Cuando un físico analiza en el espectroscopio los rayos luminosos de una estrella y no vacila en presuponer que existe en ella la materia cuya característica se revela en aquél, claro es que lo que allí encuentra no es la substancia misma, sino las vibraciones etéreas ocasionadas por aquélla y que el rayo luminoso aporta en un grado de sutileza ó atenuación inconcebible, dada la inmensa distancia de la causa generadora de tales vibraciones, ¿qué dificultad habría, pues, en ad-

---

de tres funciones, á saber: la *generación*, *conservación* y *destrucción* de la Forma. Las dos primeras, ó sean la generación y destrucción, tienden á que en un mismo medio puedan coexistir y cumplir su misión evolutiva infinidad de seres, fuerzas, etc., ó sean *modos de vibración* diferentes, sin que, por regla general, se anulen naturalmente en sus respectivas actividades; al paso que la tercera, ó sea la destrucción, hace que cada modo de vibración tenga su antagonista perfecto en otro modo de vibración que, por decirlo así, es su *antídoto natural*, y que al encontrarse ambos en un mismo medio, el uno destruya ó anule la manifestación del otro. De aquí que, aplicando esta ley al asunto que tratamos, ley de que nos ocuparemos con mayor amplitud en el curso de estos artículos, veamos la la razón por qué el agua, á pesar de estar impregnada de otros principios activos dinamizados, pueda servir de vehículo no sólo á uno, sino á varios medicamentos homeopáticos á la vez, siempre que éstos sean reconocidamente compatibles, esto es, no sea ninguno de ellos *antídoto* de otro ni combinable con otro. Pero ¿no es evidente que se corre el albur de que alguna vez alguna de las aguas que indistintamente se usan contenga algún principio activo que, ya sea antídoto del medicamento que se emplea, ó ya combinable con el mismo, pueda, bien destruirlo ó anularlo, ó bien trasformarlo en un principio activo distinto? ¡Cuántos fracasos de la medicina homeopática serán quizá debidos á este hecho!

Por fortuna, entendemos que la dificultad que esta contingencia implica no es en modo alguno insuperable, y en nuestra humilde opinión pudiera ser fácilmente salvada teniendo la precaución de emplear, en lugar del agua de las fuentes, por cristalina y pura que sea, el agua *destilada*; precaución que, según entiendo, está muy generalizada en los países en donde la homeopatía está más en boga que en España, y que me alegraré satisfaga los razonados escrúpulos de mi buen amigo el distinguido Dr. R. C., una de las personas medio incrédulas, medio creyentes, para quienes este artículo ha sido más especialmente escrito.

*

mitir la posibilidad de una transmisión mucho más comprensible, como es la de la vibración potente del principio activo de la substancia medicinal á un vehiculo neutro y su revelación en el espectroscopio?

Esta hipótesis quizá parezca á muchos una herejia científica; pero ¿de qué otro modo podría explicarse razonablemente la presencia en el espectroscopio del rayo característico de la substancia medicamentosa, una vez probada matemáticamente la imposibilidad de que exista partícula mínima alguna de la referida substancia en tales altas diluciones? Y si, por otra parte, la Ciencia afirma que los distintos colores están determinados por diferencia de velocidad de las ondas vibratorias, ¿no es esto mismo una afirmación de la posibilidad de tal hipótesis? ¿No se halla ésta confirmada también por la novísima teoría científica de que la diversidad de los cuerpos no es debida á una diferencia esencial de materia, sino á una diferencia de combinación atómica y molecular, ó lo que es lo mismo, á una diferencia de combinación vibratoria? Nuestros lectores formarán juicio.

Un amigo mío, distinguidísimo Doctor homeópata graduado en Nueva York, me refirió que en la citada población se habia realizado una apuesta de 20.000 dollars entre dos celebridades médicas, homeópata y alópata, respectivamente. Afirmaba el primero la existencia de no recuerdo qué substancia medicinal en la dilución 1.500, y negábala el segundo con igual convicción, conviniendo últimamente en la referida importante apuesta, que debía ser sentenciada por el impersonal é inapelable juez el espectroscopio. Falló éste repetidamente á favor del primero, teniendo, por último, el segundo que declararse vencido y pagar la apuesta, presa de un mar de confusiones, de las que probablemente no habrá salido aún si no ha entrado todavía en la corriente de pensamiento cuyo cauce están abriendo las novísimas ideas acerca del génesis de los cuerpos simples.

Esta explicación del fenómeno, que hizo perder la apuesta que acabo de referir, explica también con toda claridad la tesis hermética acerca de la acción de los medicamentos. Esta tesis, según hemos expuesto anteriormente, afirma que tal acción es doble, á saber: una debida á la substancia misma, la cual opera sobre el organismo material, y otra debida al principio activo puro de aquella substancia que opera sobre la *Vida* ó principio vital. Al primero le consideraban pernicioso y benéfico al segundo, por cuya razón aconsejaban que se destruyese ó anulase la parte material de la substancia y no se emplease más que su principio activo. Ignoramos los métodos que usaban para verificar tal separación, pero desde luego se comprende que por el sistema homeopático

de las diluciones se obtiene precisamente ese mismo resultado, pues al cabo de pocas diluciones la parte material de la substancia ha desaparecido, conservándose tan sólo el principio activo almacenado en el vehículo neutro, el cual no opera directamente sobre el organismo material del individuo, como cree la generalidad de los homeópatas modernos, sino en el principio vital del mismo, ó mejor dicho, *en el vehículo de éste,* del modo que entraremos luego á explicar, con arreglo á las lógicas deducciones á que nos conducen las enseñanzas ocultistas respecto de la constitución del hombre.

Creemos suficientemente dilucidado y claramente demostrado, en nuestra humilde opinión, el *por qué* de las virtudes terapéuticas de las diluciones homeopáticas, negadas por la razón positivista de la Ciencia, pero afirmadas por los millones y millones de experiencias de una escuela cuya importancia, en vez de disminuir, ha aumentado constantemente desde su fundación por el ilustre Hahnemann, y que concluirá, ciertamente, por quedarse dueña absoluta del campo científico médico, porque implica un grandísimo progreso que lleva á la Ciencia á los umbrales del ocultismo, en los que penetrará hasta cierto punto, cuando una vez averiguado el verdadero *por qué,* llegue á profundizar el *cómo* obra en el organismo animal ese principio activo del medicamento independientemente de la substancia material que lo genera.

Y este *cómo* será objeto de nuestro próximo artículo, ya que el espacio de que disponemos no nos permite tratarlo en el presente.

José Melián.

(Se continuará.)



Á PROPOSITO DE UN ARTÍCULO DE «LE FIGARO»

DOS CIVILIZACIONES

(Conclusión).

Hasta aquí hemos hablado de los errores y prejuicios existentes con relación á la India; pero éstos pueden aplicarse á los demás países de Oriente, y en particular á todas las naciones *no cristianas* del mundo en general.

La intolerancia, el odio, el espíritu agresivo de conquista, la sed de destrucción, el furor del proselitismo religioso, verdadera obsesión atávica que padece el Cristianismo bajo todas sus formas, y particularmente la católica romana, siguen dominando después de mil nuevecientos años de Cristianismo *oficial*.

Los horrores que Europa está cometiendo actualmente en China en nombre de una civilización y una *moral superiores* (???), son prueba fehaciente de ello.

La fuerza bruta parece constituir la ley fundamental de la Humanidad. Las armas perfeccionadas por la ciencia empleadas por nuestra civilización *superior*, no han contribuido en lo más mínimo á refrenar los sentimientos brutales y el espíritu de conquista que reinan en los Occidentales.

Se comprende, pues, que los habitantes del Celeste Imperio no se muestren muy dispuestos á aceptar una civilización que á sus costas pueden apreciar de cerca, y cuya superioridad consiste en aniquilar fácilmente á los débiles ó en introducir entre ellos los vicios Europeos para corromperlos primero, y dominarlos después.

Basta, para convencerse de ello, con los telegramas que casi diriamente publica la prensa relatando las atrocidades llevadas á cabo en China por los aliados que recorren el país sacrificando inútilmente grandísimo número de vidas inocentes, saqueando los pueblos y ciudades y fomentando la anarquía en las regiones más pacíficas.

La violación, el robo y el incendio; tal es, hasta ahora, el resultado de la influencia moral tan superior del Occidente en aquel país.

Ante semejantes ejemplos de *moralidad*, se comprende, repito, que se resista una raza tan distinta de la nuestra á adoptar las costumbres que la ambición de Europa se empeña en imponer á aquélla.

La mentalidad de la raza Mogólica es tan diferente de la nuestra, que *jamás* podrá adaptarse á la civilización Occidental. Podrá triunfar la fuerza bruta, superior en verdad á la de los Orientales, pero sólo aniquilando á China logrará Europa imponerse en aquel país; y como esto es muy problemático, por no decir imposible, la campaña de los aliados dará por resultado final el aumento de odio en ambas partes.

Ahora bien; «el odio no se vence con el odio, sino con el amor» — dice una antiquísima máxima oriental.

El Amor es condición absoluta de todo progreso, y sólo destruyendo el Egoísmo y reemplazándolo por la Fraternidad *Universal*, es posible el progreso de la Humanidad.

Todos los Iniciados, todos los Fundadores de religiones han insis-

tido en esta Verdad Esencial, predicada miles de años antes del Cristianismo, y que pretende éste monopolizar, si no aplicar.

«Sed caritativos, no queráis para vuestros semejantes aquello que no queréis para vosotros mismos; amad á vuestros enemigos» — dijo Buddha más de cinco siglos antes de Cristo.

«Amáos unos á otros» — ordenó Cristo.

¿Cuántos son los cristianos modernos capaces de *practicar* el mandamiento de su Divino Maestro?

Siendo Cristo un Maestro, no entendía seguramente *limitar* su enseñanza; y al predicar su doctrina de Amor, la hacía extensiva á todos los hombres, si bien su enseñanza exotérica (destinada á las masas) no parezca confirmar esta creencia.

Con razón escribe lo siguiente nuestro hermano A. Marques en el *Theosophist* de Diciembre 1900:

También tenían los Judíos su mandamiento: «No aborrecerás á tu hermano en tu corazón; ingenuamente reprenderás á tu prójimo y no consentirás sobre él pecado.»

«No te vengarás, ni guardarás *rencor* á los hijos de tu pueblo; mas amarás á tu prójimo como á ti mismo, yo Jehova» (1).

Conservaron los Judíos muy fielmente el lazo fraternal entre ellos, y los Judíos modernos se muestran cada día más liberales respecto á los que no profesan su religión.

No obstante, de las palabras mismas de ese mandamiento que les ordenaba el amor fraternal, despréndese que éste había de limitarse á los Judíos en su propia nación.

Del exclusivismo estrecho que caracteriza á los Judíos, heredaron, naturalmente, los Cristianos. Podrán existir actualmente sentimientos fraternales entre los Cristianos, pero en realidad esos sentimientos se relacionan tan sólo con las opiniones «Cristianas», y ni siquiera son aplicables á la Unidad Cristiana.

Así como oimos afirmar, aun en nuestros días, que «fuera de la Iglesia Católica Romana no hay salvación posible», de igual modo observamos también que la Fraternidad Cristiana se limita estrictamente á la secta, y con ésta á la nación sola, como lo demuestran las fraternales (?) envidias internacionales y los preparativos de guerra que tienen lugar en el mundo entero entre naciones Cristianas.

De hecho, la influencia de ese exclusivismo religioso deja sentir su acción en las varias sociedades benéficas modernas, cuyos sentimientos fraternales siempre se limitan á los individuos de las mismas.

(1) Levit. XIX, 17-18, repetido en Mat. XXII, 39.

Asi, pues, el Cristianismo parece haber impuesto á nuestra sociedad moderna el principio de la «supervivencia del más apto y el del más intenso egoísmo» (1).

Al Buddismo corresponde la altísima honra de ser la más amplia y tolerante de todas las religiones, porque su ideal es tan elevado que hasta trasciende el de la Fraternidad Humana.

Buddha no sólo se sacrificó para salvar á su pueblo y auxiliar á la Humanidad entera, sino para «destruir el dolor y los sufrimientos de todos los seres vivientes» (2), «para salvar innumerables seres, sin omitir en su intención al más insignificante» (3).

Comparad ese Amor universal, esa compasión hacia todo cuanto existe y que prohibe al Buddhista privar de la vida al más inferior de los seres, con las tendencias del Jehova de los Judíos y Cristianos que destruyó á todas las criaturas simplemente á causa de la iniquidad del hombre: «Y murió toda carne que se mueve sobre la tierra, así de aves como de ganados y de bestias, y de todo reptil que anda arrastrando sobre la tierra y de todo hombre.

»Todo lo que tenía aliento de espíritu de vida en sus narices, de todo lo que *había* en la tierra, murió.

»Así fué destruída toda sustancia que vivía sobre la faz de la tierra, desde el hombre hasta la bestia, y los reptiles y las aves del cielo: y fueron raídos de la tierra, y quedó solamente Noé y lo que con él estaba en el Arca» (4).

Puede, además, vanagloriarse el Buddhismo de ser la única religión que jamás impuso sus creencias por medio de la violencia; en su historia no figuran las persecuciones, ni el derramamiento de sangre...

Los pueblos Buddhistas, por lo tanto, son los que más se aproximan al ideal de la Fraternidad Universal, ideal hacia el que todos hemos de tender y sin el que no hay progreso posible para la Humanidad. Al Egoísmo—Materia, que amenaza aniquilar al Occidente—hemos de oponer el Altruísmo, el Desinterés, la Generosidad, — el Amor, que es Vida — Espíritu.

«Encarnizada será la lucha durante este siglo xx entre el Materialismo agonizante y la creciente Espiritualidad del mundo» (5), más desde ahora podemos distinguir la poderosa onda de evolución que desde

---

(1) A. Marques «Universal Brotherhood», *Theosophist*, Dic. 1900.

(2) Fo-Sho-King-Tasn-King, v. 35.

(3) Phu-yau-King, 2.

(4) Gén. VI, 7; VII, 21-22-23.

(5) Annie Besant.

Occidente á Oriente ha de unir á todas las naciones, á todos los pueblos.

Los teosofistas no olvidan que la Sociedad Teosófica fué fundada sobre y ante todo para contribuir á la Gran Obra del Progreso Espiritual de la Humanidad, de la que son servidores, y que, como instrumento de «Aquellos» en quienes se inspira, tiene señalado puesto en la lucha que por la Raza sostiene contra el Egoismo.

J. X. H.

OMPA-ONTLA-NECI-TETL
Ó PIEDRA TRASPARENTE

(MESA ALTAR DE PIEDRA CALADA)

UN gran hallazgo, un nuevo testimonio de lejana cultura, una nueva prueba de veracidad tradicional es el descubrimiento arqueológico hecho por el Director del Museo Nacional de Costa Rica, consistente en la mesa altar que él ha denominado *Ompa-ontla-neci-Tetl*. Como todo hallazgo de esta clase, ha merecido embargar la atención de los sabios, dando lugar á descripciones minuciosas y conjeturas sobre fechas, usos, etc.. etc. Pero la suerte ha hecho que pudiera estudiar este documento prehistórico un amigo nuestro, entusiasta teosofista, el cual ha roto los estrechos moldes de la descripción oficial y abierto horizontes nuevos á las interpretaciones simbólicas dentro de documentos publicados por un establecimiento oficial.

Cualquier exposición que nosotros hiciéramos del monumento en cuestión, resultaría de segunda mano y desprovista por completo de la espontaneidad con que deben hacerse estas cosas, además de que quizá no pudiéramos decir y sentir sobre esto como el notable artista D. Tomás Povedano, á quien felicitamos por la tarea que con este trabajo inicia, rogándole persista en ella.

Lo que sigue, debido á la pluma de dicho señor, está tomado del «Informe relativo al año económico de 1899 á 1900, presentado al señor Secretario de Fomento, Licenciado D. Ricardo Pacheco, por el Director del Museo Nacional de Costa Rica, D. Juan F. Ferraz.—San José, 1900.—Tipografía Nacional».

MIS DEDUCCIONES

Cuando fijo la vista en tus monstruosas mandíbulas, armadas de dientes amenazadores y terribles como el fuego que aparecerá al fin del mundo, mi razón se turba y la paz me abandona (1).

Bhagavad Gîtâ.

El sorprendente grupo que tanto ha de honrar el nombre de usted (el de D. Juan F. Ferraz, Director del Museo Nacional de Costa Rica), y el de Costa Rica, que en su ilustrada opinión servía á modo de altar, en que eran celebradas determinadas fiestas religiosas, tiene el carácter apropiado para impresionar á las muchedumbres, que nunca conocieron en ningún pueblo otro sentido que el más material en sus ídolos. Un algo que se siente mejor que se razona, puesto que carece de similar á mi juicio, me inclina á suponerlo de origen mexicano: asócianse en él lo monstruoso y lo grotesco, y algunas de sus figuras se mueven con cierta verdad no propia del arte arcaico, en el que todo, casi sin excepción, resulta premioso y obligado. Como en la simbología egipcia, vemos en el grupo un Dios con boca de perro, que recuerda á Hermanubis, el cocodrilo, las momias, tres representaciones, tal vez del cinocéfalo, y combinaciones numerales: y encontraríamos analogías sorprendentes con ellas entre los simbolismos indos y los de todas las religiones. A mi entender anuncia un fin del mundo, un diluvio, un cataclismo de los que periódicamente modifican ó cambian el modo de ser de grandes extensiones del planeta. Es una página tremenda, inspirada en los sentimientos que animaron la levantada voz de los profetas, anunciando la pronta venida de un monstruo de fuego que agostaría las fuentes de la vida, al que había que aplacar con votos, plegarias, fiestas y sacrificios: el triunfo de la muerte y del mal, exotéricamente considerado; el cumplimiento de una ley periódica para los que conocían el modo de proceder la evolución en la Naturaleza... *¿Sería el anuncio del hundimiento del Continente la Atlántida?* Los antiguos sacerdotes iniciados eran muy sabios astrónomos; conocían la precesión de los equinoccios, las posibles consecuencias de las conjunciones de los astros, la teoría heliocéntrica y la duración de los Kalpas y los Pralayas mayores y menores, las noches y los días de Brahmâ, etcétera, etc.

Sin la certidumbre de que todos los cultos emanan de un solo origen, sería incomprensible la particular coincidencia que relaciona é identifica al símbolo americano que venimos considerando, con el Dios Fenicio, adorado en Biblos (Dómino Baali Solari) Adón, principio vivificante del Universo, in-

(1) El fin del mundo puede tomarse en sentido parcial ó total.—(N. del A.)

utilizado en los órganos de la generación por el fuego canicular, representado en los colmillos del jabalí, cuya forma ha tomado el Molek, dios de la muerte (1). La fábula de ayer, el hundimiento de un vasto continente que ha ido pasando como cosa posible, como probable, para llegar á resultar hecho evidente para muchos (yo entre ellos), soluciona todas las dificultades y dará, estoy seguro, la clave de tan repetidas analogías y explicación de muchas tradiciones y leyendas, y de importantísimas páginas perdidas del libro que consigna las fases de la evolución humana.

Usted conoce cuanto se relaciona con las investigaciones científicas ejecutadas para la comprobación de si existió ó no la Atlántida, y dispensará que para esclarecimiento ó inteligencia de los que se ocupan menos en este orden de conocimientos, consigne cuatro notas, menos persuasivas, con serlo tanto, que la lógica que se impone al entendimiento con sus naturales deducciones.

Pocos son los que ignoran que Platón, en su *Timeo* y su *Kritias*, hizo la historia de una isla situada al Oeste de las Columnas de Hércules, más extensa que el Asia Menor y que la Libia unidas (Poseidonia), cuyos habitantes fueron con ella sumergidos después de haber guerreado contra el Egipto, donde dejaron establecidos sus grandes adelantos; que Æliano, en su varia historia, habla de un continente mayor que Asia, Europa y Libia juntas, situado más allá del Atlántico, y que Diodoro, Lúculo y otros hacen parecidas afirmaciones.

En el Museo Británico existe un manuscrito (el Troano), traducido por Le Plongeon, «que parece haber sido escrito hace unos 3.500 años entre los mayas del Yucatán, que dice: En el año 6 Kan, en el undécimo Muluc del mes Zac, hubo terribles terremotos, que siguieron sin interrupción hasta el décimo tercio Chuen. El país de los montículos de lodo, la tierra de Mu, pereció; elevada por dos veces, desapareció durante la noche, sacudidas sin cesar las profundidades por fuerzas volcánicas. Faltando á éstas la salida, hundían y elevaban la tierra en diferentes sitios. Al fin cedió la superficie, y diez comarcas hechas pedazos fueron esparcidas. Incapaces de resistir las fuerzas de las convulsiones, se hundieron con sus 64 millones de habitantes, 8.060 años antes de que este libro fuera escrito.»

Según Liell, «los continentes son aproximadamente constantes *en un período determinado*; pero cambian, con el transcurso de los tiempos, de situación y de extensión.»

«Los datos que los modernos estudios van aportando inclinan á creer que los actuales Océanos deben considerarse como antiguos continentes desmoronados, y una parte de los actuales continentes como restos de pasados sedimentos oceánicos.»

«Estrabon y Plinio designan como poco dignos de fe los datos de Platón, que los tomara del legislador ateniense Solón (entidad tan insignifican-

(1) P. G., *Contribución al estudio de la evolución de las ideas.*

te...), al que á su vez se los habían trasmitido los sacerdotes egipcios; *pero los más recientes descubrimientos científicos vienen á dar un extraño viso de verosimilitud á dichos mitos*, así como á la ingeniosa fantasía de Valera.» (1)

Si no hubiese sido achaque de los sabios de todos los tiempos la contradicción, sorprendería el razonamiento en que Estrabón y Plinio fundaron sus reticencias. Se conoce que los buenos señores, que tan en poco tuvieron á Platón y á los sacerdotes, poseedores de las ciencias entonces, no sospecharon la posibilidad de que hubiera medio mundo por descubrir y en él pueblos como México y el Perú, donde habían de admirar sus conquistadores la identidad en el fondo y la forma de sus ritos, dioses, emblemas y costumbres, con las y los del medio mundo que dejaran atrás; y lo que es aún más curioso, las relaciones entre la fauna, la flora, el lenguaje y el arte.

Dice Farrar, refiriéndose al Eúskaro: «Nunca ha sido dudoso que este lenguaje, que conserva su identidad en un rincón occidental de Europa, en medio de dos poderosos reinos, se parece en su estructura á los idiomas aborígenes del continente fronterizo (América) *y á ellos solamente*», — *North, American, Antiquity*, pág. 475, — y establece la semejanza é identidad de significado de muchas palabras hebreas con otras del idioma chiapeneco, rama derivada de los mayas; y á ello agregaré la admirable semejanza que he podido encontrar entre muchas familias de indios azuayos (Cuenca, Ecuador) y los egipcios, en estatura medio proporcional, expresión, proporciones del cráneo y carácter de las facciones (todo artísticamente considerado), color, etc., etc., así como entre otras de la misma procedencia y la raza mongola, sin faltarles, por supuesto, los ojos oblícuos.

Tantas relaciones y coincidencias, por lo menos para quien como yo cree en la *causalidad* y en la *casualidad* no, y tantas otras que pueden ser aducidas, hacen indispensable convenir en que existió en remotas edades un medio de unión entre tierras tan apartadas, de que Poseidón sería el resto: y los sondajes y los mapas obtenidos recientemente por medio de ellos del fondo del Atlántico, no dejan lugar á duda más que para aquellos que, careciendo de libertad racional por tal ó cual motivo interesado, se empeñan en negar la evidencia. Y paso al punto propuesto.

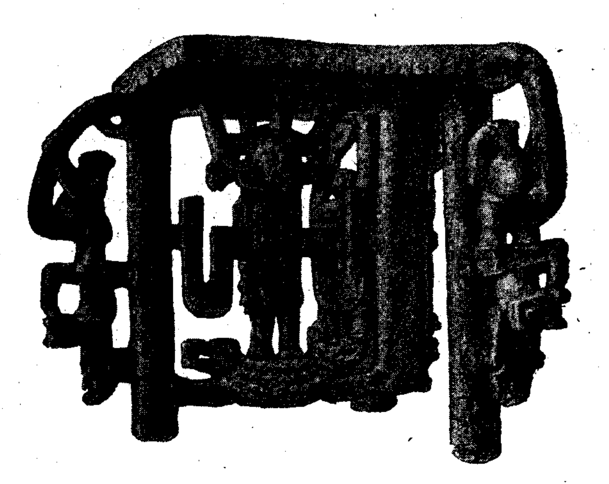
La figura central puede ser en nuestra escultura extraña, considerada como expresión de la energía solar ó como la manifestación del universo, Helios ó Brahmâ-Vishnú (2) transformado en Shiva. A primera vista pude asociarla á Typhón, y desistí de tal idea considerando que ciertos pormenores, y especialmente el plano á que se relaciona, lo asocian directamente á entidad de mayor jerarquía. No me propongo designar el nombre con que fué determinado entre sus devotos de la antigua América, en virtud de que

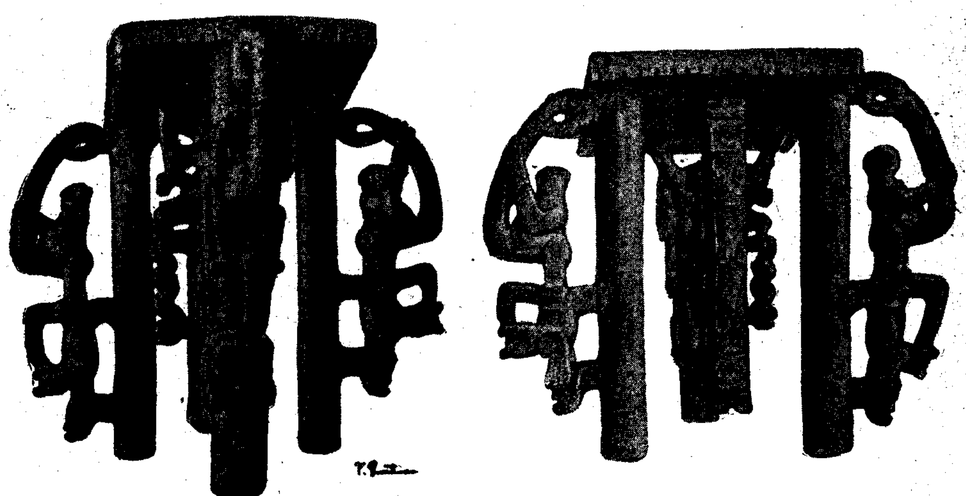
---

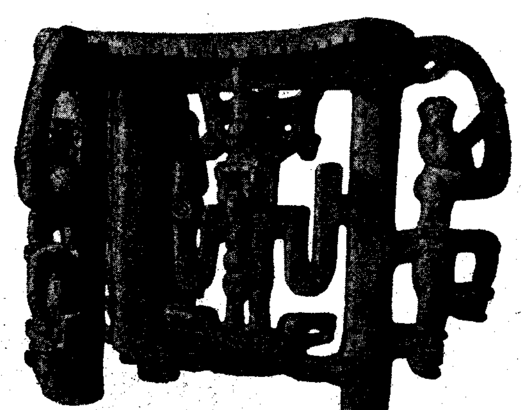
(1) Julio Bronta, *La Ciencia Moderna.*

(2) «Porque al ver tu forma inmensa tocando al cielo y resplandeciendo de mil colores, al ver tus bocas desmesuradamente abiertas y tus enormes ojos fulgurantes, mi alma se extremece y pierde el valor y tranquilidad, oh Vishnú.» (*Bhagavad Gîtâ.*)

LAMINA I.







DIBUJOS

DE

D. Tomás Povedano.

OMPA-ONTLA-NECI-TETL Ó PIEDRA TRASPARENTE

(MESA ALTAR DE PIEDRA LABRADA)

su importancia (dada mi tesis) está en que estos mitos expresan en todas partes las mismas ideas por su disposición y atributos, y en que, datando de la raíz del sabeísmo, se les adapta con idéntico resultado su equivalente griego, indo, egipcio, etc.; y, como por otro concepto, no pretendo hacer un trabajo didáctico por no alcanzar á tanto mi ilustración en la materia, me conformo con emplear los apelativos que expresen mejor los «diferentes aspectos de la manifestación única».

Se relaciona la deidad que analizamos, así como los pormenores que la rodean, con un paralelógramo (tarjado en toda la extensión de sus bordes); la primera, por cuatro figuritas como de leoncitos; los otros, pendientes de él. En las tarjaduras, ó sus espacios intermedios, hechos sin duda con fin más transcendente que el de ornamentar, ve usted una posible referencia á la naturaleza sideral, y como yo considero que así debe ser, á menos que se quisiera concretar á reducir el símbolo en su expresión, y entonces representaría la Luna, Venus, Urania, en virtud de que Benoth, ó Venus, fué en su origen representada por una piedra blanca cuadrada (1); y así tendríamos en este atributo el reflejo del dios solar en relación con los puntos cardinales que, como dije, emanan como avecillas de la cabeza del dios cual si arrancaran de los puntos terminales de una cruz que pasara horizontalmente por su centro y tocaran en ella con sus colas, en la Luna ó Materia. De tres de sus ángulos (los del paralelógramo) descienden otras tantas columnas que señalan por sus terminaciones ó principio (las bases) tres puntos en el espacio, y con ellos un triángulo ideal, el ternario, el número por excelencia, representación del Inefable Espíritu, del que son el reflejo, la sombra, la superficie de la citada base de las columnas, principio fundamental del Kosmos. «En Platón el Kosmos es el hijo, teniendo por padre y madre el Pensamiento Divino y la Materia.»

Para decir que las causas de la manifestación nacen ó se desprenden de la inefable creencia, vemos que este inapreciable jeroglífico se pierde ó aisla en el espacio: carece de basamento (disposición atrevida, única tal vez en el arte representativo plástico), y la deidad solar ó sideral descansa sobre un cocodrilo de dos cabezas, una de las cuales ocupa el lugar de la cola (2). El cocodrilo representa en el lenguaje simbólico el aire y el agua por su cualidad de anfibio, de igual manera que el cisne, la rana y otros animales: y al estar aquí figurado con cabeza doble, es claro que expresa dos términos opuestos: pero si ofreciese duda, la correspondiente á la derecha, del que seguiré denominando Vishnú, se enlaza por sus manos al símbolo de la vida

(1) «Les mots *succoth benoth* employés dans le texte hébreu, ont été dans Ptolomée et dans Valére Maxime lorsque ces auteurs parlent du lieu que les Carthaginois consacrêrent au culte de Venus traduits par ceux-ci: sicca veneria.» (R.)

(2) «Dijo asimismo Dios: Haya un firmamento, y separó las aguas que estaban debajo del firmamento de aquéllas que estaban sobre el firmamento, y quedó hecho así.» (*Génesis*, Capitulo I, vers. 6.°)

espiritual, Alma del universo representada en el sepulcro de las dos momias (á que aludiré más tarde), y la otra á la columna á que se adosa una jeroglífica expresión de la materia que evoluciona. Vishnú está, pues, hecho visible en Helios, el Sol, y colocado entre las aguas de arriba y las de abajo, terminología puramente convencional en cuanto á lugar, puesto que en el espacio no caben tales diferenciaciones. Indican los brazos la dualidad, los términos contradictorios reinantes en el mundo de las causas, y, probablemente, en armonía con la cabeza de la deidad, su carácter trino. Brahmâ (creador), Vishnú (conservador), Shiva (destructor). Seis madejas ó grupos de cabellos cáenle por el cuello y la espalda, y de entre las *enormes mandíbulas armadas de dientes amenazadores y terribles*, se desliza una serpiente de fuego que en tres ondulaciones ó pasos alcanza y le devora los órganos generadores (1).

Adosados á las tres columnas de que queda hecho mérito, se levantan tres grupos así dispuestos: una cabeza humana que mira al espacio, en cuyos temporales fija sus zarpas anteriores un tigre, más bien que cinocéfalo, como antes supuse, y sobre las columnas posteriores, y de pie en las ancas del tigre, un ser parecido á un mono, al que desde la parte inferior del vientre hasta el ombligo, le arranca un apéndice colosal que se eleva á modo de cola y termina revolviéndose sobre sí en el referido paralelógramo. Esta criatura y sus similares de los otros grupos vuelven ligeramente las ansiosas miradas hacia la Providencia de que reciben la vida y el grato alimento; pero la última de ellas sólo la puede ver por la espalda, por el lado de las seis trenzas (2), ó grupos de cabellos, y la segunda encuentra obstruído el punto de vista por la columna de que depende.

La altura de las cabezas humanas en las columnas está de su base en razón de tres, cuatro y cinco dedos, respectivamente, y los espacios dejados entre las vueltas de las colas de los tigres, le han dado á usted indicios de que en la construcción del grupo presidió y se quiso hacer manifiesto el conocimiento de los sublimes cálculos pitagóricos, números de inmensa significación en las tradiciones del Asia en la Filosofía platónica; y yo pretendo (ó mejor), presiento además, que todas las figuras y pormenores expresan también su sentido capital en letras, pues se nota *que dispuestas con sumo artificio como jeroglífico, han sido obligadas todavía* á determinar en sus combinaciones, signos muy sugestivos.

Reuniendo todos los datos aducidos, que merecen por cierto más extenso y detenido estudio, y que expresan mucho más transcendente significado (que he considerado deber abstenerme de revelar), leo en ellos la definición siguiente:

En este período de la evolución humana (3), la mente del hombre ha

---

(1) En el Rig Veda, Vishnú, como energía solar, es representado surcando las siete regiones del universo en tres pasos.

(2) Se conexiona esta cifra con la materia.

(3) Al final de la raza atlántida ó de los atlantes.

estado aprisionada por las zarpas del tigre *(la bestia que está en nosotros)*, que reasume en sí los instintos de la rapiña y la ferocidad, el fuego de las pasiones egoístas y brutales, la crueldad y la división; y por la gula, la malicia y la sensualidad propias del ser que, invirtiendo los términos del verdadero conocimiento, torna la luz reflejada en la materia, el pálido rayo de la Luna por el vivificante y puro del Sol. Bien lo percibe en los albores del día, cuando apenas una pequeña distancia le separa del mundo de las causas, cuando su acción material ha recorrido solo un segmento del arco, *suceso que señala la mano derecha* del primer hombrecillo unido por el apéndice (cordón umbilical) á la placenta, Materia, Luna; á la que se acerca más al mediodía, y sube por ello la mano un tercio (el mismo que ha avanzado la segunda cabeza en la involución), siéndole ya difícil orientarse. Y llega la tarde, y aquel espíritu que estaba al animar la materia á nivel con el Eterno á que pertenece (en línea con el lugar en que la caja ó arca de las momias toca por su base en el espacio), se hunde otro tercio, como la cabeza de anciano lo expresa por el sitio que ocupa en la última columna, y lo ratifica la tercer figura de hombre incipiente, elevando su mano *izquierda* á lo alto del que dije cordón, y que también pudiera ser serpiente: perdida entonces toda noción de su finalidad, á espaldas del verdadero conocimiento, atiende sólo á ir saciando sus crecientes, insaciables y bajos apetitos.

La serpiente Ananta, prometida para acabar con el mundo, es proyectada entonces por la boca de Vishnú, convertido en Shiva, y con su *fuego devorador* todo lo consume y aniquila... Pero lo que siempre ha sido, lo que siempre es y será, allá en el caos, en la Esencia invisible arde incesante. En el obscuro, silencioso, ilimitado Espacio, palpitan las energías generadoras de un día nuevo. Dos elementos de opuestas direcciones (1) unidos, atados por el poder de Brahmâ, son como la crisálida que espera el Fiat para romper su cárcel, y sus vigorosas y pintadas alas trazar más anchos y luminosos círculos en los ignotos cielos del porvenir.

De V., mi estimado y sabio amigo, afectísimo atento y seguro servidor,

TOMÁS POVEDANO.

Este otro documento lo publicó su autor por separado, ampliando cuanto dijo en el Informe anterior:

ALGUNAS OBSERVACIONES MÁS QUE CORROBORAN Y CONFIRMAN LAS QUE MENCIONO EN MI CARTA AL DIRECTOR DEL MUSEO

Debiendo no desviarme de un plan determinado, cuyo fin principal fué el de llamar la atención del Sr. Ferraz hacia el verdadero sentido de su mesa

(1) Representados en las momias, unidas por sus extremidades inferiores en el centro de la caja (como están), y con las cabezas opuestas.

altar, y por razones de prudencia, limité las aclaraciones de lo que para mí es cada día más coincidente hasta donde me pareció que era indispensable, hoy me propongo ser algo más explícito, estando seguro de que aquellos que saben ver mejor, abarcarán en la lectura del curiosísimo monumento horizontes más extensos y provechosos.

Dada la clarísima inteligencia de mi amigo D. Juan F. Ferraz, y su erudición indiscutible, no deja de extrañarme que ciertos detalles de su citada mesa pudieran ser para él incomprensibles, y más bien me inclino á creer que alguna razón considerable fuese causa de sus aparentes equivocaciones.

En las figuras (absolutamente acomodadas á las exigencias del simbolismo que el Sr. Director del Museo denomina monos (ateles), se observa: que en lugar de las manos posteriores, tienen unos bloques cuadrilongos, con los que se pretendió, á mi ver, significar *que en ellos*, en el cuaternario, *radicaban*, y á él tan sólo estaban subordinados, aquellos seres sin mente llamados á desenvolver tres principios de orden superior más tarde en sí mismos, para cumplimiento de su elevada finalidad. La alta mente que supo dar expresión tan cumplida á conceptos tales, insistió en definir la idea de que vengo haciendo mérito, y para ello la repito de modo más terminante todavía. En las manos con que los pretendidos monos cuidan de alimentarse, esculpe cuatro dedos; y en aquellas que *caen*, que se enclavan en las colas, en la materia más activa, *en los enormes falos* que culminan, y allá en lo alto se revuelven devorantes como fuego; en esas manos, poderes latentes del porvenir, graba *tres:* tres y cuatro, que son los elementos de la humana constitución... Vemos así que el artista que tan cuidadoso es en la observancia de los números, de las medidas, reveladoras de su ciencia (consecuente siempre consigo), no se distrajo al trazar los dedos en las manos anteriores de sus admirables hombrecillos en vías de formación. Y para más testimonio de que expresan al hombre inferior las tales figuras, del que son acabado símbolo, que remito al estudio y análisis de las cabezas humanas, que son como el eje sobre que gravita todo el concepto jeroglífico, porque determinan el aspecto superior en el orden de la naturaleza, y encuentro, observando mis dibujos E. y F. (lámina núm. 7)(1), que en los rostros que retratan fielmente los lugares en que un día habrán de aparecer los órganos de los sentidos, están limpios de ellos aún; ni hay párpados en el hueco que cubre las órbitas, ni hendiduras en el lugar de los oídos, ni indicios de fosas nasales, ni las bocas, replegadas como lo está el capullo antes de abrir sus pétalos á la brisa, pueden emitir el perfume de la palabra, el sonido, la luz, el calor, las sensaciones todas, no tienen quien las perciba al interior: el altar del pensamiento está vacío... Y ya que á las tales cabezas me refiero, haré constar que todas acusan idénticos

(1) Por carecer del espacio suficiente no incluímos todos los notables dibujos que el autor publicó en el Informe del Museo de Costa Rica. En este caso se refiere á ciertos detalles que nuestros lectores podrán apreciar en los grabados que acompañan á este trabajo. (N. de la R.)

rasgos de caducidad de agotamiento; que están extintas, marchitas, acabadas, como los períodos de involución que evidentemente acusan; y no quiero dejar de llamar la atención respecto de un punto importante, antes de dirigir mi examen á otros pormenores, y es el que: No es posible considerar que dejara de tener el autor del jeroglífico una intención manifiesta en no determinar los párpados, los oídos, etc., en los rostros de tipo netamente humano de que vengo tratando, como antes digo, cuando tenemos en las otras figuras (véanse las señaladas con las letras G. y H., lám. núm. 8) (1) detalles tan minuciosos que, si no echamos en olvido la tosquedad de la piedra, verdaderamente admiran.

Imagina el Sr. Ferraz que pueden ser pizotes ó zorros (ostoches) los cuatro cuadrúpedos adheridos á la cabeza de la figura central del grupo jeroglífico, y él sabrá por qué. Como pizotes (de los que no tienen un rasgo), serían un pormenor sin sentido -- para mí al menos — y como leones, á los que por todos sus caracteres se asemejan, expresarían el apropiado concepto de Chispas ó Llamas, dados los puntos que ocupan. El grueso excesivo de sus colas, si se justifica como necesidad de la construcción, atendiendo á que todo el simbolismo central, sin el auxilio de las manos de los cocodrilos, estaría pendiendo de ellas; y á que la piedra carece de firme coherencia.

«La Sabiduría ha edificado su casa; ha construído sus siete pilares: Proverbios del Salomón Kabalístico.» (Véase la lám. núm. 5.) (1)

Preso se halla en las redes de sus prejuicios, ó por completo desprovisto de intuición, el que se resiste á ver un pórtico sostenido por cuatro columnas ó pilares en la imponente boca del Dios; y entre ellos, otros tres que apenas asoman en el centro, arriba, suspendidos por el arco que limita exteriormente la bóveda palatina, sobre el que se eleva un triángulo de vistas regulares y perfectas. Sí; es el Pórtico de los siete pilares que da acceso á la Casa Templo que la Sabiduría edificó; y del interior del círculo, que como velado Tabernáculo se vislumbra allá en su fondo, emana ondulante un fuego que destruye ó vivifica según aparece, ó se absorbe en sí mismo; Soplo ó Aliento divino que ahora, en el grupo, cae en la Materia como Verbo generador de la nueva etapa de su existencia progresiva. El aspecto ilusorio de esta vida refleja, exprésase también haciendo que tres perforaciones determinen los ángulos de un triángulo equilátero ideal, *invertido*, cuya base se hallará entre los ojos del Dios, y el vértice en el lugar donde (como un aliento) asoma la serpiente, inteligencia y movimiento armonizados para el cumplimiento de la Ley, como lo determina la cabeza humana del ondulante oficio y su indeciso tocado, en el que entreveo el que es propio de la Esfinge.

Sabemos, cuantos hemos saludado siquiera los rudimentos de la Gnosis, que un disco conteniendo un punto en su centro, nos indica la manifestación inicial de un día de la Naturaleza, ó «Aditi en aquéllo», y sólo por complacer á los pseudos arqueólogos que dieron en suponer que el tal disco y el

(1) Véase la nota anterior.

punto eran fiel trasunto é imagen de la palma de la mano entre los antiguos escultores de América, hemos de creer que no tiene en la figura de que me ocupo otro sentido. ¿No es chocante que su iniciado autor diese tanta importancia á las palmas de las manos de aquélla, y olvidase señalarle siquiera los dedos?... Pero no es raro tal juicio en los que, como si el simbolismo de la cruz fuese invención de hace veinte siglos, y no de remotísimas edades, se empeñan en creer y en hacernos creer también que la célebre de Palenque es una caña de maíz; en cuyo caso habría sido mucho más conforme con la razón esculpir en su lugar una mazorca.

En algo coincidimos, no obstante, D. Juan Ferraz y yo, y más, precisamente, en lo que del todo parecemos diferir. Donde á plena conciencia digo que se prepara el renacer, él ve el infierno, «el Xibalba de todos los centroamericanos (lugar de las visiones)», y de todos cuantos nacen, añado á mi vez, por más que los cielos clementísimos, con la magia de su ilusoria dulce sonrisa, velen mientras es necesario á los ojos de nuestro entendimiento la amargura de estar caídos en él.

¡Cuánto podrá ir diciendo todavía este jeroglífico que sólo resulta mudo para aquellos que se empeñan en negar la evidencia, y para los superficiales! Espero escuchar á su propósito palabras de verdadera competencia, y me será agradable que ellas puedan coincidir con la mía.

No terminaré sin declarar que, por no ser molesto al Sr. Ferraz, y por ser aquí todavía una imprudencia el develar mucho, he preferido no dar publicidad á esta nueva parte de mi estudio; y que antes que aquel ilustrado señor y atento amigo escribiera su informe, hice cuanto pude por inducirle á rectificar los que juzgo sus errores de apreciación: así es que sólo algunos ejemplares mal impresos irán á manos de aquel á quien debo haber podido orientarme hacia la luz de la Filosofía Esotérica (cuyo nombre indico al principio), y á las de algunos honorables ocultistas y teósofos á quienes atentamente saludo, quedando de ellos dedicado y seguro servidor,

Tomás Povedano.

EL IDILIO DEL LOTO BLANCO

(continuación)

CAPÍTULO VI

—¿Deseas algo?—dijo aquel hombre con voz clara, aunque muy baja.

Le miré con sorpresa. Era un novicio, según lo parecía por su traje; sin embargo, hablaba como si pudiese satisfacer mis deseos, y sin el tono de un mero sirviente.

—Acabo justamente de comer—contesté.—No tengo más deseo que verme en libertad y fuera de este cuarto.

—Si tal es tu deseo—contestó tranquilamente,—pronto lo lograrás. Sígueme.

Le miré asombrado. Aquel novicio debía conocer mi situación, debía saber cuál era la voluntad de Agmahd en lo referente á mi persona. ¿Cómo se atrevía á desafiarle así?

—No—contesté yo;—los sumos pontífices me han encerrado aquí; si me sorprenden escapando, seré castigado.

—¡Ven!—fué toda su respuesta. Y al hablar levantó una mano con ademán imperativo.

Dí un fuerte grito, como sorprendido por un dolor físico; la razón no pude explicármela. Sin embargo, la sensación que experimentaba era como si estuviese sujeto por un torno, como si un poder irresistible se hubiese apoderado de mi cuerpo y lo sacudiese. Un segundo después me encontraba al lado de mi misterioso visitante, cuya mano tenía á la mía fuertemente asida.

—No mires atrás—exclamó,—ven conmigo.

Y yo le seguí. Sin embargo, á la puerta deseé volver la cabeza para mirar, y con gran esfuerzo, según me pareció, así lo hice.

¿No era de maravillar que me dijera no mirase atrás? ¿No era de sorprender que luchase por sacarme precipitadamente del aposento, pues en cuanto mis ojos se volvieron, quedé petrificado mirando y resistiendo á la presión de su mano de hierro?

Me vi á mí mismo—ó más bien á mi propia forma inconsciente—y entonces, por vez primera, comprendí que mi compañero no era un habitante de la tierra, y que yo había vuelto á entrar en la región de las sombras.

Pero este sentimiento de asombro fué totalmente absorbido por otro mayor que me hizo resistir todos los esfuerzos que hacía mi compañero para arrastrarme fuera del aposento.

Apoyada en el lecho—detrás del mismo é inclinada hacia adelante, en aquella deliciosa actitud de abandono en la que por vez primera la había contemplado cuando se detuvo á beber el agua—vi á la Reina del Lirio.

Y oí sus palabras. Su voz llegó hasta mí como el gotear del agua, como la espuma de la fuente.

—Despierta, durmiente, no sueñes más; no sigas dominado por este maldito hechizo.

—Obedezco, señora—murmuré dentro de mí mismo, y parecióme que instantáneamente una niebla me envolvía. Apenas si tenía conciencia; pero, sin embargo, conocía que, en obediencia al deseo de la hermosa reina, trataba de volver á mi estado natural. Logrélo por grados, y cansada y pesadamente abrí mis ojos para contemplar tan sólo un aposento vacío y desolado. El novicio me había dejado, de lo cual estaba contento; pero ¡ah! la señora del Loto me había abandonado también. Bien vacía me parecía, á la

*

verdad, la habitación, y grande era el peso que sobre mi corazón sentía al dirigir mis ojos en torno mío. El sentimiento que la dulce señora de la Flor inspiraba en mi corazón infantil era más bien el de una madre hermosísima que el de una reina. Anhelaba su dulce presencia, pero no estaba allí. Demasiado bien sabía yo que no se hallaba en la habitación oculta para mí. Sentía su ausencia con mi alma, lo mismo que la percibía con mis ojos.

Me levanté lánguidamente, pues á la verdad aquella última lucha me había dejado exhausto, y me dirigí al rincón tras de mi lecho, en donde permanecía oculta mi flor adorada. Separé un poco la cortina para contemplar mi tesoro. ¡Ay! inclinaba ya su hermosa cabeza! Me precipité para asegurarme de que le había puesto agua. Sí, su tallo se hallaba profundamente sumergido en su elemento amado. Sin embargo, la flor inclinaba su corola, como muerta, y el tallo se apoyaba inerte sobre el borde del vaso.

—Flor mía—exclamé, arrodillándome junto á ella,—¿también te has marchado tú? ¿Estoy ya completamente solo?

Saqué del vaso la mustia flor y la coloqué en mi pecho, bajo mis ropas. Y entonces, en aquel momento por completo desolado, me arrojé de nuevo sobre el lecho y cerré mis ojos, procurando sumirme en una obscuridad sin visiones.

Pero ¿cómo? ¿Quién conoce la manera de apartar las visiones del ojo interno, de aquel ojo que posee el don terrible de una vista á la que no existen tinieblas capaces de cegar? Sea como fuere, no pude lograrlo entonces.

Sobre la tierra había ya descendido la noche, cuando me levanté después de mi largo y silencioso reposo. La luna brillaba, y por la alta ventana penetraba en mi habitación un rayo de luz argentina. Y precisamente aquel rayo de luz bañó la orla de una blanca vestidura, una orla recamada de oro. Conocía el bordado; levanté mis ojos lentamente, pues esperaba reconocer á Agmahd, como así fué en efecto. Hallábase de pie, sumido en la sombra vaga; pero no era fácil de confundir su aspecto con el de otro hombre, aunque su faz fuera invisible.

Permanecí sin hacer movimiento alguno; sin embargo, pareció conocer inmediatamente que estaba despierto.

—Levántate—dijo.

Me levanté, quedándome junto á mi lecho y teniendo fijos en él mis azorados ojos.

—Bebe lo que tienes junto á ti—dijo.

Miré y ví una copa llena de un líquido rojo. Bebí, esperando ciegamente que podría darme fuerzas para soportar cualquier clase de prueba que estuviese destinado á sufrir en las horas silenciosas de la noche.

—Ven—dijo, y le seguí hacia la puerta. Semiconscientemente lancé una mirada á la ventana, pensando en que quizá me esperaban la libertad y el aire fresco. Súbitamente sentíme cegado; llevé con viveza las manos á mis ojos y una substancia suave los cubría. Permanecí silencioso con el silencio del asombro y del temor; sentíme sostenido y conducido cuidadosamente.

Me extremecí al pensar que debía ser el brazo de Agmahd el que me sostenía; pero me sometí al contacto, sabiendo que era impotente para oponer resistencia.

Avanzamos lentamente; tenía conciencia de que abandonaba mi habitación y de que avanzaba á alguna distancia de la misma; pero á cuál ó en qué dirección era incapaz de conjeturarlo, confundido como me encontraba por el velo que cubría mis ojos.

En silencio completo nos detuvimos; separóse el brazo que me rodeaba, y sentí que quitaban de mis ojos la venda. Los abrí en unas tinieblas tan completas, que levanté la mano para asegurarme de que no seguían vendados. No—estaban libres—estaban abiertos; sin embargo, no miraban á nada; sólo tenían ante sí un muro indefinido de profundas y absolutas tinieblas. Mi cabeza era presa del vértigo y del dolor; los vapores del fuerte jarabe que había bebido parecían haberla llenado de confusión. Permanecí inmóvil, esperando recobrarme y hacerme cargo de mi situación.

De repente, mientras esperaba, sentíme consciente de una nueva presencia muy cerca de mí. No retrocedí ante ella. Me parecía conocer que era hermosa, que era amiga y gloriosa. Todo mi ser vibró con anhelo, con un deseo indescriptible de apoyarme en espíritu en aquella desconocida presencia.

En medio del silencio brotaron junto á mi oído palabras dulcísimas y quedas.

Dile á Agmahd que él desobedece á la ley. Sólo un sacerdote, y no más, puede penetrar en el santuario de los santuarios.

Reconocí aquella voz, á modo de agua líquida, de la Reina del Lirio. A pesar de que no sabía si el sacerdote estaba presente, obedecí sin vacilar á mi reina.

—Un sacerdote *solamente* puede entrar en el santuario de los santuarios dije yo,—y no más. Estando aquí Agmahd se desobedece á la ley.

—Pido oir las palabras de la reina — fué la contestación de Agmahd en solemne tono.

—Dile—dijo aquella otra voz que penetraba en mi alma y hacía vibrar todo mi organismo—que si hubiese podido revelarme en su presencia, no hubiese esperado por ti.

Repetí sus palabras. No vino respuesta alguna, pero oí un movimiento—pasos—y una puerta que se cerraba con suavidad.

Inmediatamente una mano suave me tocó. Sentí simultáneamente conciencia del contacto y de un débil resplandor sobre mi pecho. Sentí luego que la mano se deslizaba entre mis ropas para sacar el lirio marchito que allí había yo ocultado. Pero no intenté oponerme á ello, pues atraída mi mirada por una luz, contemplé ante mí á la Reina del Lirio. Yo veía á mi reina, como en mi corazón infantil había comenzado á llamarla, confusamente, como envuelta en una niebla; pero, sin embargo, lo suficientemente clara para que su presencia y proximidad me llenaran de júbilo. Y al con-

templarla ví que junto á su pecho tenía la flor marchita que del mío había quitado. Y con asombro ví que se marchitaba todavía más, que disminuía, hasta desaparecer por completo. Sin embargo, no lo sentí, pues en cuanto desapareció ella, se hizo más clara á mi vista y su resplandor aumentó. Cuando la flor hubo desaparecido por completo, mi reina se hallaba junto á mí con toda claridad, iluminada por su propio resplandor.

—No temas más—dijo ella;—ellos no pueden hacerte daño alguno, pues has entrado en mi atmósfera. Y á pesar de que te han colocado en la mazmorra misma del vicio y de la falsedad, no tengas miedo ninguno, pero obsérvalo todo y recuerda lo que tus ojos perciban.

Pareció que las tinieblas se iluminaban con sus palabras de bondad y de confianza. Sentíme lleno de intrepidez y de energía.

Tendió ella la mano, y con suavidad me tocó. El contacto me llenó de un fuego que sobrepujaba á todo calor que hubiese jamás experimentado.

—La flor real del Egipto vive sobre las aguas sagradas, las cuales, en su pureza y quietud, constituyen su lugar apropiado de eterno reposo. Yo soy el espíritu de la flor; las aguas de verdad me sostienen, y mi vida está formada por el soplo de los cielos, que es amor. Pero la degradación de mi residencia terrena, sobre la cual se extienden todavía mis alas con amor, aparta de ella la luz de los cielos, que es sabiduría. El espíritu del loto real no puede vivir por más tiempo en las tinieblas; la flor inclina su cabeza y muere si el sol se aparta de ella. Niño, recuerda estas palabras, grábalas en tu corazón, porque cuando tu mente sea capaz de comprenderlas, te iluminarán acerca de muchas cosas.

—Decidme—exclamé, — ¿cuándo podré ir á ver otra vez los lirios? ¿No me llevaréis allí mañana al salir el sol? Ahora es de noche y estoy cansado; ¿no podré dormir á vuestros pies, y estar mañana con vos en el jardín?

—Pobre niño—dijo ella acercándose más á mí, de suerte que su aliento me acarició; y era dulce, dulce como el perfume de las flores silvestres,— ¡qué carga tan dura han echado sobre ti! Reposa aquí, en mis brazos, pues estás destinado á ser mi vidente y el que iluminará á mi país amado. A manera de joyas, tienen que brillar en tu frente la fuerza y la salud. Yo velaré sobre ti; duerme, niño.

Recostéme ante su mandato, y si bien conocía que me encontraba sobre un pavimento frío y duro, sentía que mi cabeza reposaba sobre un brazo suave y lleno de magnéticos efluvios; y me sumí en un sueño sin ensueños, profundo y no perturbado.

Aquella noche, en el volumen secreto de Agmahd, tan sólo registróse una palabra: «Inútil».

(Se continuará.)



NOTAS Y RECORTES

Sociedad Española de partidarios de la cremación. No ya en el extranjero, sino en España mismo, va popularizándose la cremación de cadáveres. En el extranjero, á partir de las primeras experiencias hechas en Italia, y del Congreso de Cremacionistas de Dresde en 1876, hasta los actuales trabajos de la *Société pour la propagation de l' incinération*, de París, se llega ya al 10 por 100 de peticiones de cremación por parte de interesados y familias. Hay ya monumentos crematorios en casi todas las grandes capitales del mundo. En España, hace meses se celebró una reunión general de cremacionistas, de donde ha nacido la Asociación propagadora. He aquí lo que dice *El Imparcial* (20 Diciembre pasado) de esta primera reunión:

«Hubo discursos entusiastas en favor de la reforma, se presentó gran número de adhesiones y se acordó: que pues se trata de una Asociación que persigue un fin esencialmente higiénico, pueden pertenecer á ella cuantos individuos de ambos sexos lo deseen, sin distinción de edades ni de condición social, siempre que gocen de los derechos civiles; y se acordó asimismo que en dicha Sociedad no caben ingerencias de cuestiones religiosas ni políticas.

Nombróse una junta directiva, compuesta de veinte individuos, y se designó una comisión encargada de estudiar las bases del reglamento.

El número de socios excede ya de quinientos.»

Y por lo que pueda tener de curioso, diremos que no es esta la primera vez que se trata entre nosotros de estos asuntos. En 1878 apareció una interesante obra, en donde se describían todos los procedimientos empleados en el extranjero por los cremacionistas. Su autor, el arquitecto Sr. Martínez Ginesta, si bien no abogaba por el *nuevo* método crematorio, hizo un curioso trabajo de investigación.

A un Amigo. El Sr. Rodrigo Vellozo, harto conocido en Portugal y fuera de él por sus trabajos de crítica y de erudición, dedica en su popular *Aurora do Cavado* frases entusiásticas para nuestra Sophía, que le agradecemos. Y de paso aprovechamos la ocasión que se nos presenta para hacer presente lo mucho que nos ha satisfecho su franca confesión de simpatía hacia las teorías teosóficas, hecha en el número 50 de su Revista, al tratar de la obra del literato portugués, Sr. João da Rocha, *Memorias de un «Medium»*.

Si bien al Sr. Vellozo le asaltan dudas acerca de las doctrinas teosóficas, también confiesa que *se siente inclinado á ellas.*

¡Lástima que en su frase anden envueltos los términos *espiritismo* y *teosofía*, que tan poco tiene de común entre sí! Por otra parte, recomendamos al Sr. Vellozo vuelva á leer (pues no suponemos le sea desconocida) la obra de un antiguo teosofista portugués, el Vizconde de la Figaniere, *Sub-mundo, Mundo y Supra-Mundo*, escrita para pensadores, y en la que nadie como él ha de encontrar sugestiones y bellezas, y tal vez así resuelva alguna de sus citadas dudas.

Para los Religiosos Carmelitas. Ha comenzado á publicarse en Madrid una revista religiosa escrita por PP. Carmelitas, titulada *El Monte Carmelo*, y como vemos que se permite hacer de vez en cuando alguna que otra afirmación inexacta sobre nirwana y otros asuntos, y que tiene además una sección donde se comentan los sueltos de la prensa, no siempre con gravedad y seriedad, nos permitimos llamar la atención de los RR. PP., para que, si bien perseveren en su tarea de que hablan en los primeros números, ó sea la de «*adoctrinar á las almas en el verdadero camino espiritual*», lo hagan sin meterse á calificar las creencias ajenas, y menos cuando no las conocen. Se puede «*fometar el espíritu de la Santa regla*», sin asegurar que son falsas y carnales las ajenas. Así el R. P. Fray Angel, autor de unos estudios de teología mística que aparecen en el núm. II, sabe perfectamente que no le era esencial para la bondad de su trabajo, soltar la especie que el éxtasis nirvánico es un *quietismo carnal* (!), porque en seguida pueden presentársele testimonios mil, de que si hay algo carnal y aun lúbrico, son ciertas confidencias de místicos y místicas más ó menos carmelitas.

En cuanto á lo que los RR. PP. prometen de publicar los trabajos apostólicos *de sus misiones en la Persia y en la India*, nos satisface sobremanera, porque sirven para ilustrar la historia; solo que deben tener cuidado de no tropezar, al hacer sus investigaciones, con otra clase de documentos perfectamente históricos, que pudieran probar cómo todo su misticismo que ellos creen tan original, tuvo su cuna en otras partes, tal vez en la propia India, donde viven esos *quietistas carnales* recién descubiertos por el R. P. Fray Angel María de Santa Teresa.

El Arquitecto don Juan de Herrera, como filósofo pitagórico y luliano. El Sr. Menéndez Pelayo es quien nos ha descubierto esta curiosa é ignorada dote del constructor del Escorial. Herrera, sobre ser un excelente arquitecto, fué un matemático sublime, cuyos estudios sobre el *número* le llevaron, como á otros tantos, á las conclusiones filosóficas más importantísimas.

Aunque él se creyó un fiel discípulo de Raimundo Lulio y de su *Ars Magna*, casi tanto ó más lo fué de la teorías de los números del antiguo griego, á quien se achacan los *Versos dorados.*

Escribió Herrera una curiosísima obra titulada *Discurso sobre la figura*

cúbica, cuyo manuscrito descubrió Jove-Llanos, y conserva hoy en su poder el Sr. Menéndez Pelayo. Y he aquí lo que entresacamos de sus *Ideas Estéticas en España* (T. II, V) sobre esta singular obra:

El *cubo* viene á ser «como raiz y fundamento de la dicha *arte lulliana*, y aun de todas las artes naturales subalternadas á ella; porque así como esta figura cúbica tiene plenitud de todas las dimensiones que son en naturaleza con igualdad, así en todas las cosas que tienen ser debemos considerar la plenitud de su ser y de su obrar», «en todas las cosas está la figura cúbica: en lo natural como natural, en lo moral como moral»; «y bien entendido y penetrado el cubo, se verán las grandes maravillas que en sí encierra el arte lulliana, tan amada de unos y aborrecida de otros, porque lo ignoran...» Y remitimos al lector, á quien interese el singular manuscrito del célebre Arquitecto, á la amabilidad del Sr. Menéndez Pelayo, único poseedor hoy de tan valiosa producción.

BIBLIOGRAFÍA

V. Cel. — *El Espiritismo en la Historia de la Filosofía.* (Biblioteca selecta de *La Revelación.*) — Alicante, 1900.

Se estudian en esta obra, cuyo envío agradecemos á su autor, las afirmaciones de índole más ó menos espiritualista de los filósofos de la antigüedad, y en general de todas las épocas. Su autor, al intentar reconstruir la creencia espírita á través de los tiempos, ha producido una á modo de Historia de la Filosofía Espiritualista, coronada por un estudio sobre Allan Kardec, á quien el autor coloca como cúspide de todo el pensamiento filosófico humano.

La obra del Sr. Cel acusa erudición notable, aunque á veces poco bien distribuída. Es, por ejemplo, de sentir que dicho señor no consagre á filósofos de la talla de Paracelso y Van Helmont sino unas insignificantes palabras, máxime cuando siete historiadores *no especiales* de la filosofía (Tiberghien, Hegel, Ritter, Cousin, le Gendre, Deslandes y Salinis), que tengo ante mí, les estudian seriamente, concediéndoles en parte el mérito que realmente tienen, y viendo en ellos no solamente pensadores «perdidos en los sueños del misticismo y de la teosofía». Es también imperdonable, tratándose de un historiador español de la filosofía espírita, que después de hablar de los Sres. Sanz y Huelves y Navarro y otros, que si hemos de ser sinceros, no les creemos de altura suficiente para figurar inmediatamente al lado de famas ya indiscutidas, como son Pezzani, Flammarion, Aksakof y otros, se

olvide de un Dr. Otero Acevedo, investigador cuyos escritos han sido traducidos al extranjero, del que ya ha tratado la crítica, á quien tanto debe la investigación verdad de los fenómenos espiritistas, y cuyas obras los *Espíritus, Lombroso y el Espiritismo, Los fantasmas* y otras, son las únicas serias que han aparecido en España sobre estas materias.

Y perdónenos el Sr. Cel hayamos indicado estos puntos realmente defectuosos de su obra, y no nos detengamos en cambio en enumerar los indiscutibles méritos que, como toda obra escrita de buena fe, encierra.

* * *

Italo Giuffré. — *Il trionfo di G. Leopardi.* Poema. (Messina, 1900.)

Aunque tarde, por lo cual pedimos mil disculpas al autor, tenemos el gusto de dar cuenta del recibo de la bien escrita obra del literato italiano Sr. Italo Giuffré. La gran cantidad de verdadero arte que el lector encuentra en las rimas verdaderamente clásicas del Sr. Giuffré, están por encima de todo elogio. El Sr. Giuffré, que ya era conocido antes de ahora por otros muchos escritos (*Voci della Natura, Ricordi litterari, Canzoniere lillipuziano*, etc.), de los que tenemos muy buenos informes por la crítica, ha logrado un nuevo éxito con su *Trionfo*, del cual hemos visto elogios en diversas publicaciones literarias, como *Bohemios*, *Ave-Azul*, *Aurora do Cavado*, etc.

V. D-P.

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.—Madrid.

OBJETOS DE LA SOCIEDAD TEOSÓFICA

SATYÂT NÂSTI PARO DHARMAH.
NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD.

1.° Formar el núcleo de una Fraternidad Universal de la Humanidad, sin distinción de raza, creencia, sexo, casta ó color.

2.° Fomentar el estudio de las Religiones, Literaturas y Ciencias de los Arios y de otros pueblos orientales.

3.° Investigar las leyes inexplicadas de la Naturaleza y los poderes psíquicos latentes en el hombre. (Sólo una parte de los miembros de la Sociedad se dedica á este objeto.)

A los que deseen pertenecer á la Sociedad, no se les pregunta por sus opiniones religiosas ni políticas; pero en cambio se exige á todos, antes de su admisión, la promesa de respetar las creencias de los demás miembros.

PARA INFORMES PODRÁN DIRIGIRSE

Presidente, H. S. OLCOTT, The Theosophical Society, Adyar, Madras, India inglesa.

En España............	Madrid. — Redacción de SOPHÍA, Revista Teosófica, Atocha, 127, duplicado, 3.°
	Barcelona. — D. José Plana y Dorca, Cendra, 30 y 32, 3.°, 1.ª
	Coruña. - D. Florencio Pol, Ordenes.
En Francia...........	Dr. Th. Pascal, 52, Avenue Bosquet, París.
En Inglaterra..........	Dr. Arthur A. Wells, 28, Albemarle St., London W.
En Italia.............	Signor Decio Calvari, Vía S Nicólo da Tolentino, 72, Roma.
En la India............	General Secretary Indian Section T. S., Benares Cautonment, N. W. P.
En América del Norte...	Alexander Fullerton, Esqr. 46 Fifth Ave., New York, City.
En Cuba..............	D. José María Massó, calle de la Habana, 55, Habana.
En Venezuela..........	Sr. D. Juan José Benzó, Sur, 5, núm. 84, Caracas.
En la República Argentina	D. Alejandro Sorondo, Avenida República, n.° 8, Buenos Aires.
En la Australia........	Dr. A. Marqués, c/o Theosophical Headquarters, 42, Margaret Street, Sydney, N. S. W.

LIBROS DE VENTA

EN LA ADMINISTRACIÓN DE ESTA REVISTA

	PTAS.
Lo que es la Teosofía, por Walter R. Old	2
¿Qué es la Teosofía?, por Nemo	0,25
Teosofía, por íd	1
Ecos del Oriente, por W. Q. Judge	1
Luz en el Sendero, nueva edición ilustrada	2,50
La Voz del Silencio, en rústica, 1 pta., en tela	2
Estudios Teosóficos, 1.ª y 2.ª serie, 8 ptas., en tela	9
H. P. Blavatsky á la Teosofía y sus enemigos	0,25
La Base Esotérica del Cristianismo, W. Kingsland (1.ª parte)	0,25
Cartas de Wilkesbarre sobre Teosofía, por A. Fullerton	1
Magia Blanca y Negra, por Franz Hartmann, M. D., versión castellana por J. A. de Marshall y otro miembro de la S. T.	7,50
El Secreto del Redentor, según Roma redimida, por D. Florencio Pol	0,50
Cartas que me han ayudado, por Jasper Niemand	1,50
Creencias fundamentales del Buddhismo, por Arthur Arnould	1
Formas creadas por los Pensamientos y Química Oculta, con láminas en colores, por Annie Besant	2
Constitución Septenaria del hombre, Reencarnación, la Muerte ¿y después?, por Annie Besant	2
La Clave de la Teosofía, por H. P. Blavatsky, en rústica 4 pesetas, en tela	5
El Bhagavad Gîtâ, traducido por D José Roviralta	2
Cuestionario Teosófico, por D. A. Courmes, traducción por Lob Nor	1,25
Historia de los Atlantes, por W. Scott-Elliot; contiene cuatro magníficos mapas en colores	3
El Plano Astral y *El Devachán*, dos interesantes manuales por C. W. Leadbeater. Un tomo de 136 páginas, en rústica	2
Las cuatro Grandes Religiones, por A. Besant	2
Origen Poliédrico de las Especies, por A. Soria y Mata	3
Contribución al Origen Poliédrico (primera parte), por A. Soria y Mata	3
Idem, ídem (segunda parte)	2
La filosofía esotérica de la India, J. C. Chaterji	2
La Teosofía en algunos capítulos, por Dr. T. Pascal	[illegible]
Quien siembra recoge, por M. M. C	[illegible]

LUZ EN EL SENDERO

[illegible]EVA EDICIÓN, *con todas las planas ilustradas, en colores.*

Precio: 2,50 pesetas.

OBRAS DE D. ARNALDO MATEOS

La Constitución Humana. — Interesantísimo libro muy útil á los que princi[illegible] los estudios teosóficos, y cuyo precio de 50 céntimos lo pone al alcance de [illegible] Asimismo se ha puesto á la venta

Los objetos de la Sociedad Teosófica. — Folleto de propaganda so[illegible] *ternidad Universal*, considerada desde el punto de vista teosófico[illegible] céntimos.

Todas las obras anunciadas pueden también adquirirse en [illegible] Querol, calle de Balmes, 2, bajo; D. Ramón Maynadé, calle d[illegible] to, 60, 3.°, 1.ª, D. Juan Torres y Corral, Rambla del Triunfo, [illegible] Provensals, y en la Librería Internacional, Fernando VII, 57.